

# el proletario

## ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

**LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO:** la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia — el partido de clase —, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

**Nº 39**

**Septiembre 2026**

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ;  
1'5£ América del Norte: US \$ 2  
América Latina: US \$ 1'5

## Ceuta, militarismo y carrera hacia la guerra

Después del movimiento hacia Ceuta de miles de inmigrantes en los últimos días del pasado mes de julio, en lo que fue un verdadero asalto si no organizado si consentido por el Estado marroquí, la situación en la ciudad africana es lo más parecida posible a la de una zona de guerra. A los cientos de soldados que habitualmente están ubicados allí, se suman ahora los que el Gobierno ha enviado para capturar a los migrantes que permanecieron en la ciudad después del regreso masivo de una buena parte y para reforzar los controles fronterizos. Además, se cuentan por centenares de policías también desplazados a la ciudad autónoma con el fin de garantizar un «orden» que parece resquebrajarse desde dentro a la vez que recibe una gran presión desde fuera.

Ya en los primeros días tras la entrada masiva la propaganda dirigida por todos los medios de comunicación siguiendo indicaciones, evidentemente, del Estado, tenía como objetivo mostrar a un ejército «humanitario», «solidario», dedicado a salvar a los menores que a punto estuvieron de perecer en las aguas marroquíes como consecuencia del malvado plan alauí. Nada que ver con la realidad de un ejército que nos tiene acostumbrados tanto en Ceuta como en Melilla a las mayores barbaridades, a mantener el orden tanto contra los inmigrantes como contra la propia población local, especialmente la de origen árabe, a través de una presencia altanera y agresiva, propia precisamente de unas unidades creadas para imponer el orden colonial en la siempre problemática franja norteafricana.

Poco a poco, de aquella imagen acaramelada de soldados ejerciendo de buenos samaritanos se fue pasando a la de una población aterrorizada que exigía a los miembros del gobierno que se desplazaban a la ciudad una mayor presencia policial y militar y sobre todo que dicha presencia fuese contundente.

De uno a otro extremo del discurso, la propaganda bélica juega su papel

mostrando ante la llamada opinión pública la necesidad de un control militar sobre la ciudad total y exhaustivo. Y, a la vez, el sempiterno discurso de unas «Ceuta y Melilla españolísimas», en palabras precisamente de la ministra de Defensa Margarita Robles.

La realidad es que al Estado español no le faltan motivos para desplegar tanto el discurso militarista como a los propios soldados que se encargarán de encarar sus consecuencias: mientras que las giras de los ministros pueden ser vistas en la Península como un pasatiempo veraniego más, la realidad de ambas ciudades está comprometida por una situación verdaderamente crítica, en la que los migrantes utilizados por Marruecos para sembrar el caos constituyen sólo la punta del iceberg de una presión que se ejerce de manera continuada por parte del vecino del sur y que está encaminada a imponer, en nombre de sus patrones americanos, un orden en el Mediterráneo occidental al que España debe plegarse.

En el convulso orden internacional España es un actor de segundo o de tercer rango. Sobre todo después de la crisis capitalista de 2008-2014, que significó el hundimiento de su economía, la caída de su capacidad productiva vía destrucción de capital y la consiguiente pérdida de importancia a todos los niveles, el país ha mostrado que está lejos de ser una potencia comparable con el resto de países cercanos. Los intereses de su clase burguesa nacional, históricamente vinculados a los mercados europeos y americanos, pero siempre manteniendo una posición subsidiaria de Alemania, Francia o Estados Unidos, tienen ahora menos recorrido independiente que nunca: a medida que el escenario internacional se vuelve más y más convulso, la debilidad de una clase burguesa que nunca llegó a estar en la primera línea internacional se acentúa. No obstante esto, España, por su posición

( sigue en pág. 2 )

## 1936 – 2026 : a 90 años de las movilizaciones campesinas de Extremadura

El pasado mes de marzo se cumplieron 90 años de las ocupaciones de tierras protagonizadas por los llamados yunteros (1) y durante el verano tuvo lugar el aniversario (90 años también) de las masacres cometida por el ejército sublevado a su paso por Andalucía occidental y Extremadura durante la Guerra Civil, la más importante de las cuales fue la de Badajoz, con la que prácticamente se exterminó al movimiento obrero organizado de la región.

La efeméride tiene una importancia singular en un año en el que todas las corrientes que pretenden reivindicar la Guerra Civil como uno de los hitos de su particular mausoleo histórico -de la CNT libertaria al MS post estalinista, que se suma este año por primera vez- han airado las fechas revolucionarias para reivindicar el último episodio de la gue-

( sigue en pág. 5 )

### EN EL INTERIOR

- Ni un soldado, ni una bala, ni un euro por Ceuta y Melilla
- Las protestas en Bolivia y la necesidad de la lucha de clase independiente
- La clase proletaria y la guerra capitalista que se libra contra ella. Es la explotación del trabajo asalariado lo que mantiene en pie al capitalismo.
- La continuidad teórica y política de nuestra corriente: en 2026, se cumplen 100 años de la defensa por parte de la Izquierda Comunista de Italia de las Tesis de Lyon.
- Desde Gaza hasta el Líbano e Irán, desde Mali hasta la República Democrática del Congo, desde Cachemira hasta Etiopía y Kosovo...: la ley de la guerra permanente es la ley del imperialismo
- Convenio del metal de Valladolid ...
- Airbus: una lección.
- Un compañero y amigo nos ha dejado.

## Ceuta, militarismo ...

(viene de la pág. 1)

geográfica, por su historia y por la misma dinámica de los juegos imperialistas internacionales, no deja de tener un peso relativo que se mide principalmente por el interés que otras potencias pueden tener en ella.

Esto se ve con relativa facilidad volviendo la vista hacia su frontera sur: del estrecho de Gibraltar a Ceuta y Melilla e incluso a Canarias, el control español sobre el paso del Mediterráneo al Atlántico es decisivo para ese *imperialismo de los portaaviones* (1) que define el orden al que se atienen todas las potencias capitalistas. Más aún si extendemos este control al carácter de paso fronterizo entre África y Europa que tienen las dos ciudades autónomas y las islas del noroeste africano. Como una suerte ineludible, a España le corresponde un papel decisivo en las pugnas interimperialistas que tienen esta región del mundo como foco.

Esto ha podido comprobarse en los últimos meses debido a los movimientos que el gobierno español (mascaron de proa de los intereses de la burguesía nacional, sin la cual no da un paso) ha hecho para congraciarse nuevamente con Argelia después de la ruptura de relaciones que tuvo lugar tras la cesión a Marruecos de la soberanía sobre el Sáhara Occidental. El objetivo de este movimiento es claro: las exigencias que plantea en términos de suministro de combustible la interminable guerra entre Estados Unidos e Irán fuerza a la industria nacional a buscar nuevas fuentes donde proveerse principalmente de gas natural, pero también de otro tipo de hidrocarburos y de petróleo. Pero las consecuencias tienen un alcance mayor, porque a lo que lleva el restablecimiento de relaciones comerciales con Argelia es al fortalecimiento del país norteafricano, inmerso por su parte desde hace unos años en un giro político y económico hacia China y Rusia en los que ve aliados de primer orden contra el domino norteamericano y marroquí del Magreb. Comprando combustible a Argelia, España fortalece a una potencia regional discordante con las potencias hegemónicas en la zona, alcanzando a niveles que van más allá de la relación comercial inmediata porque tocan cuestiones del orden internacional bastante más importantes y con un alcance mayor. Por otro lado, este fortalecimiento argelino va en detrimento de la posición que un país como Italia, que aspira a ejercer un control cada vez mayor sobre el Mediterráneo siguiendo las directrices de su *Plan Mattei* para África, con el que busca convertirse en el principal agente europeo en la región.

La situación en esta región del mun-

do resume perfectamente el caótico proceso de redefinición de fuerzas, alianzas y enfrentamientos al que está sometido todo el globo. Los contrastes interimperialistas se manifiestan aquí llenos de aristas y se cambian a una velocidad vertiginosa. Es un claro ejemplo de que los enfrentamientos entre las diferentes potencias imperialistas se desarrollan en función de elementos que pueden cambiar cada poco tiempo y que nunca puede darse por buena una alineación particular si no es únicamente sobre una cuestión concreta.

Tomemos el caso de España. La situación geográfica y económica que la vincula indisolublemente con el Magreb y de la que hemos hablado más arriba, ha creado una historia conjunta que está cuajada de alianzas y enfrentamientos con Marruecos, Argelia o Mauritania. El principal foco de conflicto siempre se ha situado en la frontera con Marruecos, sobre todo después de que el país alauí, ayudado por Estados Unidos, se hiciese con toda la zona norte y occidental del Sáhara, respetando únicamente Ceuta y Melilla, en 1975. Desde entonces la política de la burguesía española al respecto de la región ha estado condicionada por dos corrientes disputaban principalmente en torno a la relación que mantener con Marruecos. Alejada toda posibilidad de una alianza estrecha con Argelia por imposición norteamericana y sin apenas posibilidades de fomentar una relación fructífera con Mauritania, la política exterior española ha oscilado entre las buenas relaciones con el vecino del sur y la conciencia del peligro que suponía su desarrollo económico y político. Por un lado, Marruecos es un terreno de expansión económica y comercio natural para España. Históricamente los vínculos son muy intensos y esto llevó a una relación basada en un primer momento en la extracción de materias primas, algo que, poco a poco, fue cediendo el paso a la importación de productos agrícolas y la inversión en infraestructuras. Cada paso dado en esta relación comercial tenía el efecto de fortalecer la capacidad económica marroquí a la vez que se consolidaba el frágil régimen político encabezado por el rey el ejército (sabidas son las buenas relaciones del rey Juan Carlos I con Hassan II y con su hijo Mohamed VI, basadas en el lucro personal y en el robustecimiento del poder del *sultano*). Evidentemente, este fortalecimiento en ambas direcciones implicó hacer crecer al enemigo potencial que es un país con pretensiones territoriales sobre las posesiones españolas en África. Si a esto se suma el aumento progresivo de la importancia marroquí para controlar las rutas de la inmigración y de la droga que parten de África y lle-

gan a Europa y Estados Unidos, se entiende el incremento de la importancia de este país como potencia regional con ambiciones más amplias.

En estos días, cuando toda la morrala belicista pasada y presente ha salido a la palestra, se ha recordado la frase atribuida a Adolfo Suárez que, en respuesta a una bravuconada del gobierno marroquí acerca de la posibilidad de conquistar Ceuta en unos días, dijo que España podía bombardear Rabat en unas horas. Verídica o no, la anécdota resume bien la relación entre ambos países: España ha jugado la baza de unas buenas relaciones comerciales y de un fortalecimiento interno y externo del país como manera de garantizar la estabilidad en el norte de África y de potenciar con ello su expansión económica en la región. Pero, con ello, ha engordado a un rival que ha jugado perfectamente su papel de *rival indispensable* y ha sacado un gran rédito de ello. A esto se ha sumado el apoyo norteamericano a Marruecos, en el que ha visto un aliado capaz de garantizar esa misma estabilidad norteafricana pero haciéndola bascular hacia sus propios intereses y una posible cabeza de playa para controlar una región del mundo cada vez más crítica.

Para recordar el peso de la política exterior norteamericana en Marruecos basta con fijarse en el *conflicto de Perejil*, cuando la invasión marroquí de los islotes de la costa española se liquidó mediante la intervención del entonces aliado predilecto de España; o la cesión en 2022 de la soberanía sobre el Sáhara Occidental a Marruecos, siguiendo de nuevo las indicaciones de Estados Unidos.

Ceuta, Melilla, Canarias, Marruecos, Argelia, el estrecho de Gibraltar... han sido siempre puntos calientes del enfrentamiento entre diferentes imperialismos. Durante décadas la tensión ha permanecido latente, sin desaparecer nunca, incluso sin dejar de crecer, pero en un segundo plano en relación con otros conflictos o situaciones más relevantes en todos los sentidos. Pero la creciente rivalidad inter imperialista, el aumento de las tensiones en todos los puntos relevantes del planeta, revive los conflictos nunca cerrados como el de esta región del mundo. Todos los vectores de inestabilidad incrementan su intensidad, todos los agentes implicados reafirman sus posiciones e intentan avanzar de los mínimos aceptados para la estabilidad a los máximos en los que saben que se jugará el futuro.

Esta es la realidad de la pendiente hacia la guerra imperialista que el mundo ha empezado a recorrer en los últimos años. No es la primera vez que esto sucede ni que los mismos protagonistas muestran sus armas antes de lanzarse al combate. España tiene un largo his-

## Ni un soldado, ni una bala, ni un euro por Ceuta y Melilla

La situación es como la de 2021, pero aumentada a unos límites que entonces parecían impensables. Miles de marroquíes e inmigrantes subsaharianos y de otras nacionalidades han cruzado la frontera de Ceuta en un movimiento encaminado a aparentar una especie de ofensiva desarmada sobre Ceuta. No es necesario llevarse a engaños: la acción tiene poco que ver con un desplazamiento migratorio, aunque los inmigrantes que Marruecos retiene y reprime cerca de la frontera precisamente para ser utilizados como moneda de cambio en estas situaciones, hayan sido movilizados junto a una buena cantidad de marroquíes traídos por la Gendarmería para la ocasión. Se ha tratado de un movimiento que sigue el modelo de ocasiones pasadas, en las que el Estado alauí movilizaba a todos los inmigrantes posibles para amenazar la frontera española, pero a una escala que lo aproxima notoriamente a una reedición de la Marcha Verde de 1975, en la que decenas de miles de civiles fueron utilizados para avanzar sobre el territorio español en lo que hoy es norte de Marruecos y sobre el Sáhara Occidental para anexionarlos a la corona del entonces rey Hassan II. El hecho de que apenas 24 horas después la mayor parte de las 60.000 personas que cruzaron la frontera hayan vuelto por su propio pie a Marruecos, muestra la organización real del movimiento, su carácter de amenaza simbólica sobre Ceuta y el hecho de que se trataba de una maniobra perfectamente premeditada. Como consecuencia de ella, quedan 67 muertos (hasta el momento), miles de heridos y la reveladora escena que mostraba a bandas de militares de paisano y civiles nacionalistas de todo tipo atacando no sólo a los migrantes, sino a cualquier personade rasgos árabes, es-

pañola o no, a la que se encontraban por la calle.

Si en 2021 la maniobra marroquí, menos organizada y de menor escala que la de estos días pasados, tenía una causa evidente que incluso fue reconocida por Marruecos (la ayuda por parte de España a un oficial del Frente Polisario para que se operase en el país), en este caso la motivación directa parece menos clara. La propia prensa burguesa señala al restablecimiento de relaciones comerciales con Argelia, a la que España comprará este año un 10% más de gas que el pasado. Pero seguramente este hecho es sólo la gota que ha colmado el vaso después de más de dos años en los que los vínculos económicos y comerciales del país con potencias como China o Rusia (a la que fuentes periodísticas señalan como proveedor real del gas argelino) se hayan estrechado.

En cualquier caso, sea cual sea la excusa que se airee en los próximos días, la realidad es que la situación en la frontera marroquí es crítica desde hace tiempo. Como es sabido, España mantiene desde siempre unas relaciones políticas, económicas, diplomáticas, etc., basadas en el tira y afloja. Marruecos es la actual potencia ocupante del Sáhara Occidental, una región que según la legalidad internacional aún pertenece a España y sobre la cual, en cualquier caso, pesa la exigencia de descolonización por parte de la ONU como conclusión del proceso de independencia reconocido por España, pero no por Marruecos. Aunque desde 2022 España reconoce el derecho de Marruecos sobre esta zona, el conflicto se encuentra lejos de estar cerrado. Por otro lado, Marruecos se ha convertido en las últimas décadas en socio comercial prefe-

rente de España en el norte de África ya que éste se ha convertido el principal receptor de su inversión en el exterior. Son numerosas las grandes empresas españolas que construyen y gestionan las infraestructuras del país alauí, creando una alianza *de hecho* que es uno de los principales vínculos entre ambos países. A esto se añade la gran importancia que Marruecos ha adquirido como gendarme de las vías de paso de la inmigración subsahariana por el Magreb, algo que le convierte en un importante socio político y militar de España en la medida en que la protección del flanco sur de la península está directamente vinculado a su acción anti migratoria.

Más allá de las relaciones bilaterales, que de por sí bastan para convertir la frontera de Ceuta o la de Melilla en una zona altamente inestable, la importancia de Marruecos como aliado de Estados Unidos también ha crecido durante los últimos años. Por un lado, ha sido el principal valedor en el mundo árabe de los *pactos de Abraham*, lanzados durante el primer mandato de Trump y que tenían como objetivo consolidar la posición de Israel en Oriente Medio frente a las potencias regionales como el propio Marruecos, Jordania, Arabia Saudí, etc., a cambio de una estabilidad política, económica y militar duradera. De esos pactos, queda poco tras guerra de Gaza de 2023, la de Irán de este año, etc. Pero la intención norteamericana de controlar la región medio oriental contando con la colaboración de aliados árabes como Marruecos, aún persiste y ha creado un vínculo muy estrecho entre EE.UU., Marruecos e Israel. De hecho, el problema del Medio Oriente, verdadero cáncer incurable del capitalismo contemporáneo,

(sigue en pág. 4)

### Ceuta, militarismo ...

torial de crímenes coloniales, tanto contra las poblaciones rifeñas del norte de lo que hoy es Marruecos como contra las del Sáhara Occidental. Esa es la realidad de la «españolidad» de Ceuta y de Melilla: los resabios de un dominio colonial que se mantiene a fuego contra el «invasor» marroquí y por el que comienzan las llamadas a un militarismo que se quiere imponer también al proletariado español.

Por su parte, este proletariado también tiene una relación histórica con Marruecos muy importante. A Marruecos, a defender las explotaciones de minerales de la burguesía española, fue enviado a morir durante las guerras del Rif como se envían los corderos al matadero. De Marruecos, entrenada en la guerra colonial, vino la Legión que en 1934 primero y en 1936-1939 después se encargó del exterminio físico de los pro-

letarios más combativos. A Marruecos, de nuevo, fueron enviados miles de proletarios a prestar el servicio militar antes y durante la Marcha Verde, siempre con el riesgo de perder la vida en defensa de un palmo de territorio para la burguesía española.

El proletariado español, ahora que regurgitan por todas partes los llamamientos a defender la patria, el territorio en peligro, debe recordar que su historia de clase es la historia del anti militarismo, del rechazo a morir por la clase de los explotadores, de las sublevaciones contra las levas forzosas. Su historia y su futuro no pasan por defender España o atacar Marruecos, sino por la solidaridad internacionalista con los proletarios y las masas populares del Magreb, con los miles de inmigrantes desplazados, retenidos, torturados y asesinados por el ejército magrebí y el español. Sólo sobre esta base podrá levantar su verdadera oposición a la guerra imperialista de mañana.



Visita el sitio  
del Partido  
[https://  
www.pcint.org](https://www.pcint.org)

### Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

- **La Rosa de Foc**  
C/ Joaquim Costa 34 bj  
08001 - Barcelona
- **Librería ANTI liburudenda**  
Maiatzaren Biko Kalea, 2,  
Ibaiondo, 48003 - Bilbao
- **Enclave de Libros**  
C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid
- **Librería Sandoval**  
Plazuela del Salvador, 6  
47002 - Valladolid

## Ni un euro ni un soldado

(viene de la pág. 3)

se extiende hoy hasta las estribaciones del Atlántico a través de Marruecos y su firme alineamiento con el bando imperialista americano, dando a la situación un carácter intercontinental cada vez más firme.

Es esta posición crítica de Marruecos como aliado extremadamente beligerante de Estados Unidos la que debe verse en el origen del asalto a Ceuta de estos días. Las tensiones por el dominio de Ceuta son, hasta cierto punto, sólo una excusa, dado que Marruecos nunca podría reivindicar su propiedad contando únicamente con sus propias fuerzas. Detrás de la maniobra consistente en lanzar a miles de civiles desarmados hacia la ciudad está la necesidad norteamericana de cortar el giro hacia China y sus aliados (entre los cuales Argelia y Rusia, por supuesto) que lleva dos años encabezando una parte significativa de la burguesía española, apoyada por el gobierno de PSOE y SUMAR, pero tras la cual se puede ver la necesidad de otras naciones mucho más poderosas, como Francia, y su necesidad de romper la excesiva dependencia respecto de Estados Unidos a la que se ven sometidos. La respuesta de un país como Italia, de por sí atrapado en una posición ambigua respecto a Estados Unidos, del que ha sido valedor histórico en Europa, lanzando sus sofismas anti inmigratorios como excusa para presionar a España, es sumamente significativa.

La frontera de Marruecos es la falla por la que se extiende la tensión imperialista para España. Tanto por los motivos históricos propios de los dos países como por el hecho de que a medida que la situación en el tablero internacional se va agravando todos los antiguos conflictos se convierten en una trinchera para el futuro enfrentamiento bélico que ya se otea en el horizonte. Los intereses imperialistas de España se manifiestan en un incipiente (y seguramente de poco recorrido) acercamiento a China y sus aliados. Así lo exigen sus necesidades económicas y su incapacidad de competir en igualdad de condiciones con sus principales rivales comerciales. Pero, en un sistema de relaciones en el que todo está vinculado y la rivalidad es tan intensa, ese giro hacia China hace estallar de nuevo los conflictos interfronterizos con Marruecos, llegándose a esta especie de «ataque» a Ceuta por parte de personas inermes que vivimos el jueves y el viernes pasados. Esa es la parte que toca a España en el incremento de las tensiones imperialistas. Y es una muestra, para la clase proletaria, de lo que vendrá en los próximos años.

De ninguna manera puede pensarse que estemos ante una situación en la que Marruecos, y detrás de él sus aliados, sea el agresor y España la agredida. España es una potencia imperialista que lucha por imponer sus intereses en el norte de África y que actúa como gendarme mundial «protegiendo» para todas las potencias imperialistas el estrecho de Gibraltar y la vía de comercio

mundial que pasa por él. Para ello, mantiene pactos con Marruecos, Argelia o Mauritania, en defensa exclusiva de los beneficios de la clase burguesa, nacional e internacional. Entre otras cosas, estos pactos incluyen la presión y la represión sobre las masas de inmigrantes desheredados que buscan en Europa un futuro del que el orden capitalista les ha privado en sus países de origen. Y en el episodio de estos días ha sido Marruecos quien ha dado el primer golpe, en tantas otras ocasiones lo ha hecho España. Nadie puede tener el valor, por lo tanto, de afirmar que Marruecos sea una suerte de régimen de sátrapas despiadados a la vez que España representa la humanidad y la civilización. En las rivalidades entre países en la era imperialista, todos los contendientes son igualmente criminales para el proletariado. Por supuesto que la socialdemocracia y el estalinismo, desde el gobierno o fuera de él, lanzarán la consigna de la España atacada por las fuerzas criminales de Marruecos (e incluso de Estados Unidos), pero la defensa de los valores democráticos a la que llaman no es otra cosa que la defensa de los intereses imperialistas españoles.

Hoy han sido masas desarmadas de civiles arrojados a su suerte por Marruecos, que ha jugado con sus vidas para hacer valer sus intereses y los de sus aliados. En el otro lado, España se ha limitado a enviar tropas de refuerzo sin órdenes de combate, si bien ha permitido a la Legión y otros cuerpos militares que están fijos en Ceuta hacer razias contra los inmigrantes y la población árabe autóctona de la ciudad. Pero en un futuro el conflicto subirá de tono. Las masas de civiles desarmados se convertirán en ejércitos que amenazarán, bien sea en Ceuta, bien en el frente oriental de Europa o en cualquier otro punto caliente para la burguesía española, los intereses de los capitalistas nacionales. Y contra esa amenaza, responderán movilizándolo a su propia población, a sus proletarios, para que defiendan sus exigencias económicas, políticas o territoriales.

La guerra es el futuro para los proletarios. No pasarán muchas décadas hasta que las diferentes potencias imperialistas, entre ellas España, lleguen al punto en el que sus diferencias económicas, comerciales, etc., sólo se puedan dirimir por la vía militar. Y para ello recurrirán, como ha hecho ahora la burguesía marroquí, a su población, a los proletarios, para que engrosen sus ejércitos y se lancen contra los ejércitos de proletarios armados por las burguesías rivales. No hay que mirar demasiado atrás en el tiempo para recordar las dos guerras mundiales que arrasaron Europa. ¡Pues cien veces más letales, sobre todo para la clase proletaria, serán las guerras por venir en un mundo que ha desarrollado una capacidad armamentística exponencialmente mayor que la de entonces!

Hoy la clase proletaria permanece presa de su burguesía. Décadas de sumisión a la política de colaboración entre clases que le ha impuesto el oportunismo socialista, estalinista y post-estalinista, la ha vuelto presa fácil del discurso nacionalista, de la supuesta «de-

fensa de la patria», del odio al «inmigrante invasor»... Y se hacen oír entre el silencio generalizado las consignas patriotas y militaristas a la vez que reaparecen las bandas nacionalistas con el objetivo de imponer el orden en las calles.

Pero la clase proletaria puede ser contenida dentro de los límites del respeto al orden burgués de manera temporal, nunca definitiva. Sus intereses se encuentran en un plano diametralmente opuesto a los de la clase burguesa y si, durante un tiempo, parece que ambas han podido convivir en paz (siempre haciendo caer la parte del león de este «pacto» sobre los hombros del proletariado), la realidad de un mundo en el que los obreros son esclavos de los patronos, se mostrará de manera sangrante tarde o temprano.

Mañana la burguesía exigirá al proletariado que muera en nombre de la patria, cruel eufemismo que siempre esconde la realidad del sacrificio a mayor gloria del beneficio económico. Pero con ello mostrará su verdadera cara y evidenciará que, en el mundo capitalista, los proletarios son sólo carne de cañón que explotar en tiempos de paz y a la que destruir en tiempos de guerra. La clase proletaria deberá, entonces, volver a levantar la bandera del internacionalismo proletario, la del rechazo a participar en la carnicería imperialista y de la negativa a cualquier solidaridad nacional con su burguesía. Sólo tras de ella, sólo defendiendo en todos los frentes sus verdaderos intereses de clase, podrá librarse del horror y la destrucción de millones de vidas que la clase de los capitalistas ya está preparando hoy.

Los proletarios, ante los acontecimientos de estos días y los que vendrán en un futuro inmediato, no tienen nada que defender en Ceuta y en Melilla. La lucha por ambos enclaves, como la lucha por el control del estrecho de Gibraltar o de Canarias, sólo le interesa a la clase burguesa española, que es quien los necesita para mantener su estatus quo en la lucha contra el resto de potencias imperialistas. Por ello, además del discurso nacionalista, además del odio al inmigrante, de la retórica que se emplea «contra el invasor», los proletarios deben rechazar cualquier tipo de alianza con la burguesía nacional, deben rechazar cualquier sacrificio que se les exija para defender los intereses territoriales del capitalismo patrio y volver la vista hacia su verdadero enemigo, que es quien hoy les comienza a azuzar en vistas a una movilización mayor que no será pacífica y que les exigirá que sacrifiquen su vida y la de sus hijos.

**¡Por la reanudación de la lucha de clase!**

**¡Contra el militarismo burgués, oponemos la fuerza del internacionalismo proletario!**

**¡Viva el internacionalismo y la solidaridad proletaria contra todos los imperialistas!**

**¡Por la revolución comunista mundial!**

## 1936 – 2026 :

(viene de la pág. 1)

rra de clase proletaria en España. Esto es así porque una parte fundamental de la gran obra de falsificación que se ha llevado a cabo sobre los sucesos del periodo comprendido entre 1931 y 1936 consiste en ensalzar la serie de hitos realizados por el proletariado urbano -principalmente en Barcelona- junto con, como mucho, las famosas colectividades anarquistas, desligándolos del potentísimo movimiento agrario que los proletarios y semi proletarios del campo protagonizaron y cuya derrota, a manos de los líderes libertarios y republicanos primero y de los franquistas después, significó el jalón definitivo para la destrucción del movimiento de clase nacido el 19 de julio.

Sin entrar en los detalles de una perspectiva que es común a prácticamente todas las corrientes políticas y a todos los historiadores considerados libertarios o «marxistas», la incompreensión de la naturaleza de este movimiento agrario del que hablamos, para fijar su atención únicamente en los hechos protagonizados por un proletariado urbano fuertemente sindicalizado y capaz -por supuesto- de lograr verdaderas hazañas como la derrota inicial del ejército sublevado, tiene un valor doble. Por un lado, la ignorancia sistemática acerca de los hechos reales acontecidos en el periodo 1936-1939, que lleva, por ejemplo, a afirmar que el proletariado español logró arrebatarse el poder a la burguesía... porque se hizo con las calles de Barcelona. Es decir, en un país fundamentalmente agrícola, con una población rural que como poco constituía el 60% del total nacional, la idea de que el poder burgués residiese en un ámbito local (geográfica y políticamente hablando) como era Barcelona y que éste le «cayese en las manos», por utilizar una expresión tan frecuente como desafortunada, a una clase proletaria muy preparada en términos militares pero incapaz de articular una fuerza política de alcance siquiera suprarregional, es cuanto menos una visión distorsionada -y muy romántica- de la realidad. Por otro lado, esta incompreensión tiene su base en otra mucho más importante en la medida en que no es circunstancial. España, en 1936, se encontraba en el intersticio de dos mundos. Evidentemente era un país capitalista plenamente desarrollado en el que la contradicción principal de su base económica, política y social se daba entre el proletariado y la burguesía. Pero, de manera igualmente evidente, el peso de las formas sociales precapitalistas era aún inmenso. La persistencia de clases, estratos sociales, etc., protoburgueses y proto proletarios, era tan importante

que marcó el desarrollo de la conflictividad social durante el periodo de la Guerra Civil y los años inmediatamente anteriores, en la medida en que determinó la pervivencia de múltiples tareas democráticas -realizables únicamente por el proletariado y mediante su dictadura de clase- que constituían una exigencia de la que no podía huir, una obligación penitencia para el movimiento obrero que se desarrolló, precisamente, espoleado por una conflictividad social sin parangón en las décadas previas. Ignorar esto es ignorarlo todo. Porque implica idealizar un modelo *puro* de revolución, adecuando a unos moldes fantásticos por inexistentes, en los que no se tienen en cuenta las fuerzas sociales realmente en juego, la importancia relativa que para la clase proletaria tienen todas las condiciones concretas, todas las variables que se presentan sobre el terreno de su lucha y a las cuales debe dar respuesta, afirmando con ello su condición de única clase revolucionaria de la sociedad.

La cuestión de las tareas democráticas a realizar por la revolución proletaria en España resulta, hoy tanto como ayer, un tema complejo que no puede tratarse con afirmaciones grandilocuentes o, mucho peor aún, ignorarlo en favor de una reclusión voluntaria a los ámbitos donde la realidad resulta menos problemática y más fácilmente comprensible.

De hecho, estas tareas democráticas fueron un condicionante tan importante, absolutamente imposible de dejar de lado, que determinó la claudicación de todas las fuerzas pretendidamente revolucionarias ante la burguesía. Casos como el del POUM y su ilusoria «revolución democrático-socialista» o como el de los anarquistas con su programa federalista (ambos reflejo de una realidad que no era comprensible para ninguna de las dos corrientes) muestran fácilmente como los errores en la previsión teórica y política de los términos reales de la lucha de clase llevaron finalmente a un abandono sin matices del terreno revolucionario, en favor de una alianza con la burguesía republicana que adoptó las más mediocres formas de colaboración gubernamental.

En el centro de estas «tareas democráticas» se encontraba la cuestión agraria, un término con el que, en la España de los años '30, se resume la situación creada por dos hechos. En primer lugar, la existencia en el campo de una multitud de formas diferentes de explotación y trabajo (algunas de las cuales, como las asociadas a los grandes latifundios del sur y al trabajo jornalero se corresponden -por la división entre clases que suponen- con la forma que enfrenta en el mundo industrial y urbano a proletarios y a burgueses, mientras que otras,

etc., no resultan definidas de manera tan nítida, van asociadas a clases y sub clases que no son estrictamente burguesas ni proletarias, pero que se encuentran plenamente insertas en la economía nacional y que tenían como destino no perecer por ellas mismas, manteniéndose como categorías intermedias del mundo capitalista todavía mucho tiempo. En segundo lugar, el impacto que la crisis de 1929 tuvo sobre la producción agrícola, creando una crisis específicamente agraria que tensó la situación social en el campo hasta puntos que no se veían desde el siglo XIX y que fueron la base de la terrible agitación del periodo.

Para entender el primero de estos puntos, el que se refiere a la existencia en el mundo agrario de clases sociales no propiamente proletarias ni burguesas, es cómodo utilizar el ejemplo de los *rabasaires*, cuya importancia política y social en Cataluña y en el conjunto de España fue decisiva. Se trata de trabajadores de la vid que poseían la tierra en usufructo en virtud de un contrato enfiteutico por el cual se les otorgaba durante durante 50 años o el tiempo que tardasen en morir dos tercios de las viñas originales (*rabassa morta*). En este caso, por lo demás muy estudiado, el evidente punto intermedio que ocupaban estos campesinos entre la gran propiedad -precisamente aquella a la que estaban vinculados por contrato- y el proletariado agrario -del que les separaba no la propiedad del suelo sino el derecho que tenían sobre el fruto de su trabajo- da cuenta de la posición que esta «semi-clase» estaba llamada a mantener en el terreno político. En efecto, este tipo de campesinos, afectado también por los durísimos efectos de la crisis económica de 1929, constituía la base social en el mundo rural de los partidos republicanos radicales, que en Cataluña y su particular contexto histórico durante este periodo tomaban formas nacionalistas (Esquerra Republicana de Catalunya) y pseudo marxistas (Bloque Obrero y Campesino).

El ejemplo ayuda a entender la naturaleza de esas «tareas democráticas» que se le imponían objetivamente a la clase proletaria y a un hipotético -por ausente- partido de clase durante el periodo que comentamos. La pervivencia de formas sociales que no eran puramente capitalistas pero que estaban perfectamente insertas en el mercado nacional y en el internacional daba lugar a la existencia de unas capas sociales igualmente no capitalistas en sentido estricto, pero completamente funcionales en la sociedad burguesa que manifestaban intereses propios vinculados a la mejora de sus condiciones sociales. Este tipo de mejoras, por su parte, debían plan-

(sigue en pág. 6)

## 1936 – 2026 :

(viene de la pág. 5)

tearse, necesariamente, como una erosión del poder económico y social que la gran burguesía terrateniente ejercía sobre ellas, a la vez que como una limitación de las exigencias proletarias en todos los terrenos. En el caso de los *rabasaires* la fuerza de esta clase social no sólo llegó a insuflar vida al decadente republicanism catalán, sino que constituyó la punta de lanza del movimiento nacionalista de octubre de 1934, cuando ERC y sus satélites (entre ellos el BOC) llegaron a proclamar el estado catalán, simultáneamente opuesto al estado central español... y al proletariado catalán, organizado mayoritariamente en CNT y firmemente anti nacionalista.

Desde una óptica excesivamente simplista, se podría argumentar que este tipo de tensiones sociales vinculadas precisamente a la existencia de tareas democráticas no resueltas por la clase burguesa en el ciclo de su revolución anti feudal, no debían tener demasiada importancia debido a que caen fuera del campo netamente proletario, tanto por su significación última como por las clases sociales que las encarnan. Este tipo de posición maximalista, hace total abstracción del terreno de lucha real en el que se mueve la clase proletaria. El capitalismo no es, ni puede ser, bajo ninguna forma que desarrolle la estructura de la sociedad a él ligada, el modo de producción que permita solventar la miríada de contradicciones que arrastraban los modos de producción previos (feudalismo, esclavismo...) Llega, como mucho, a simplificarlas sintetizando todas las tendencias centrífugas en una sola, la que enfrenta al proletariado contra la burguesía, y aún esto sólo parcialmente.

Desde un punto de vista económico, el capitalismo puede coexistir -integrándolas- con formas productivas arcaizantes, residuos de épocas pasadas o resultado de engendros a los que se llega mediante la fusión de fórmulas modernas con otras no tanto. Mientras que el capital y su ciclo de valorización dominan como eje central de la producción (local, nacional e internacional) y la riqueza social pase a manos de la clase que usufructúa aquel capital, la pervivencia de formas económicas y sociales donde la división social no sea «limpia» en términos capitalistas o donde la acumulación originaria no haya creado una clase social en pureza sin reservas, no supone ningún problema definitivo. Es más, en un terreno como es el de la agricultura, donde variables fundamentales como productividad, beneficio, tasa de ganancia, etc., no se encuentran tan desarrolladas como sí sucede en la industria o en la construcción de infraestruc-

turas, lo normal es que este tipo de formas productivas intermedias pervivan.

En el terreno político, que para el marxismo se conforma como una derivada de la cuestión económica, el reflejo de esta no-solución dada por el capitalismo a las contradicciones económicas y jurídicas de los modos de producción anteriores, tiene un reflejo evidente: las clases sociales que se derivan de aquellas lucharán en un sentido coherente con sus necesidades económicas. Donde sucede, como en los países clásicos del capitalismo super desarrollado, en los cuales la producción industrial a gran escala ha sido impuesta a la vez que se realizaba -de una manera u otra- la revolución burguesa, ésta ha podido barrer las formas sociales precedentes y hacer desaparecer aquellas semi clases de las que hablábamos, aún si en ningún país -y menos en el campo de ningún país- han llegado a desaparecer nunca por completo. Pero en un país como España, con un desarrollo económico considerablemente más débil que el de otras naciones plenamente capitalistas y en el cual la clase burguesa alcanzó su papel dominante en una suerte de lenta fusión histórica con las oligarquías terratenientes y financieras previamente existentes, todavía en la década de 1930 el país parecía una suerte de aglomeración de taifas, cuajado de formas económicas y sociales diversas en función de las regiones. Desde 1868, esa variedad, dentro de la cual domina obviamente la que enfrenta a burguesía y proletariado, pero con diferente intensidad según el marco urbano o rural al que se refiera, la fórmula republicana era el anhelo de todas las clases intermedias, excluidas del poder y aplastadas por la tendencia a la polarización que era irrefrenable. En dos ocasiones -1873 y 1931- la propia burguesía monárquica permitió a los líderes de tales clases gobernar proclamando la República y con el fin de contener la tensión social creciente, un papel para el cual les capacitaba la influencia directa que tenían en un movimiento obrero igualmente poco desarrollado y que no había sobrepasado a efectos prácticos el nivel *trade unionista*.

La clase proletaria, en 1931 o en 1936, no podía hacer *tabula rasa* con las exigencias democráticas que, perteneciendo naturalmente a otras clases constituían un obstáculo en su camino revolucionario en la medida en que podían atraer (y atraían: he ahí la historia de la CNT y su «anarquismo gubernamental») a amplios sectores del proletariado a la causa reaccionaria del reforzamiento del Estado -republicano- burgués. Esto no significaba que debiera hacerlas suyas, que debiese respaldar las reclamaciones del campesinado o de la pequeña burguesía tal cual estas clases lo planteaban, pero sí que debía dar una

solución a los problemas económicos, políticos y sociales de los cuales nacían dichas exigencias. Debía mostrar que la solución revolucionaria proletaria era la única capaz de evitar que esas clases sociales intermedias cayesen en la más negra miseria que la crisis capitalista les auguraba y, de esta manera, colocarlas detrás de sí.

El caso de los yunteros extremeños es, en este sentido, mucho más clarificador que el de los *rabasaires*, precisamente porque esos yunteros sí que pasaron a engrosar las filas del ejército revolucionario... aunque a ese ejército, sin jefes ni dirección, le faltase lo más elemental.

Desde 1930, año en el que la crisis económica del '29 llega a España, la situación del campo, principalmente en la mitad sur del país se hizo insostenible para los jornaleros, campesinos pobres, e incluso para los agricultores de tipo intermedio. A los problemas tradicionales se sumaron entonces los que trajo la sobreproducción, una vez se cerraron los mercados internacionales y el subsiguiente abandono de las tierras por parte de los terratenientes, a quienes no salía a cuenta cultivarlas y que preferían dejarlas sin producir año tras año. La situación fue de tal gravedad que incluso los sectores de la derecha burguesa con más instinto de conservación, se mostraban partidarios de la reforma agraria, aunque fuese en los términos propugnados por la izquierda.

En la primavera de 1936, después de cinco años de incapacidad por parte de los republicanos para satisfacer el «hambre de tierra» de los trabajadores, la situación se volvió explosiva. A las ocupaciones de tierras normalmente protagonizadas por los jornaleros más pobres, se unieron otras capas sociales como los yunteros, dando lugar a una movilización de tal magnitud que evidenciaba lo inmediato de una guerra social abierta que enfrentaría no sólo a proletarios contra burgueses -como, por otra parte, no sucedía en ningún lugar del país- sino que movilizaría a todas las clases sociales intermedias en torno a la cuestión de la propiedad y el uso de la tierra. La cuestión agraria, entendida en toda su amplitud, se volvía a plantear, de manera violenta y descarnada, pero en los términos fundamentales que nunca pudo solventar la clase burguesa y que la República únicamente había agravado, con su mezcla de oportunismo anti proletario y cretinismo pequeño burgués a la hora de afrontar cualquier cuestión.

Finalmente, esta situación cristalizó en el levantamiento militar de julio de 1936. Como es sabido, a la acción de los generales respondió un proletariado dispuesto a la lucha sin cuartel que acabó por reducir a la soldadesca en casi todas las grandes plazas del país. En el

campo, un formidable ejército de campesinos, a cuya cabeza se había colocado la clase proletaria representada por los jornaleros, siguió el impulso que llegaba de Barcelona, Madrid o Valencia y se hizo con todos los pueblos y ciudades de Andalucía occidental, Extremadura, Castilla la Nueva, etc. Allí donde el peso del campesinado sin tierra -proletario o no- era mayor que el del agricultor que poseía mal que bien un pedazo de terreno, tuvo lugar una sublevación con un profundo contenido revolucionario que constituía el peor de los temores para la oligarquía terrateniente, ya pendiente únicamente del ejército sublevado para mantener su poder.

¿En qué consistió esta *sublevación agraria*? En la realización práctica e inmediata, por la vía de las armas, de las exigencias clásicas del campesinado desposeído a lo largo de los siglos XIX y XX: expropiación de la tierra y del capital disponible de inmediato y eliminación del poder de la clase de los terratenientes mediante su exterminio físico o su neutralización. Las formas que tomó este movimiento fueron múltiples y es cierto que, dado el carácter caótico y descentralizado que tuvo, no siguió la vía más profunda posible dejando una gran variedad de fórmulas por el camino. Esto debe entenderse claramente: la lucha del campesinado y del proletariado agrario en los términos en que se realizó *no iba más allá de las exigencias que la propia burguesía podría plantear*, incluso cuando el predominio del proletariado rural era indiscutible, la relación entre el campo y la ciudad, que en el modo de producción capitalista se sustenta en el expolio de aquel por la gran industria, no se resuelve de un día para otro y las relaciones económicas y sociales no permiten pasar a fases más desarrolladas de la lucha de clase si no es el proletariado urbano el que encabeza el movimiento. Las formas características de este proceso revolucionario en España -colectividades, municipalización, cooperativas generales- ni siquiera llegaron a constituir la vía más radical que la burguesía revolucionaria podía plantear (la nacionalización, vieja exigencia incluso de David Ricardo que se hacía eco del mundo industrial y financiero al que pertenecía), pero son, en cualquier caso, vías de indudable carácter revolucionario por el inmenso movimiento de clase que implican, y que llevaron al proletariado rural y a las clases que se han colocado tras de éste a concluir las exigencias clásicas en el campo, a liquidar las tareas democráticas pendientes y, en definitiva, a poner en pie a un formidable ejército campesino que debía constituir la gran fortaleza militar del proletariado revolucionario en la España que existía más allá de los principa-

les núcleos urbanos.

Nadie puede tener la menor duda de que este inmenso -por la profundo y radical- movimiento campesino fue traicionado por los «líderes políticos» y sindicales de la clase obrera, desde aquellos de CNT hasta los del POUM. Cuando se habla de su cesión ante la burguesía, de su disposición a colaborar en el Gobierno, se olvida por lo general que la primera consecuencia de esta nefasta transacción fue abandonar a su suerte a ese ejército rojo del campesinado que, controlando todos los pueblos desde la cuenca del Guadalquivir hasta la del Tajo, simplemente necesitaba órdenes y consignas, un mando que lo centralizase y un plan de ofensiva para liquidar a los mercenarios marroquíes y a los legionarios que entraban desde África. La burguesía republicana, que en 5 años no había sido capaz de dar respuesta a las exigencias campesinas, no tenía ningún interés en refrendar a esos revolucionarios del campo que constituían la mayor amenaza contra sus propios intereses. Sólo el proletariado podía hacer de su fuerza potencial una verdadera arma contra los sublevados en la medida en que aceptase los términos anti burgueses en que la lucha se iba a desarrollar.

Las semanas posteriores al 18 de julio, cuando los líderes obreros celebraban la victoria contra los sublevados en Barcelona o Madrid, fueron testigos de cómo se permitía, una vez que se había renunciado a cualquier veleidad revolucionaria, el exterminio del movimiento obrero del campo y, con él, de todos los elementos que se habían colocado a su lado llamados por la fuerza histórica que este representaba. ¿Cuántos pueblos, en los que los trabajadores del campo se habían hecho con el control, se rindieron sin luchar siquiera ante el avance del ejército? Esperaban órdenes que nunca llegaron porque no existía quien las diese: la burguesía exigía la inmolación de esos trabajadores y los líderes obreros en el mejor de los casos no llegaban a entender la solución.

Los proletarios fueron capaces de parar el golpe militar en las ciudades. Pero, a partir de ahí, no lograron ir más allá. El poder de la burguesía jamás fue puesto en cuestión y, poco a poco, la clase obrera fue cediendo su fuerza al enemigo. La derrota comenzó en el campo. Cuando en Barcelona o en Madrid todavía se hablaba de revolución, la Legión y los soldados árabes asesinaban a miles de revolucionarios en Sevilla, Utrera, Guareña o Badajoz, limpiando, en palabras del general Yagüe, la retaguardia y permitiendo con ello la restauración de las más negras condiciones de explotación de un campesinado y un proletariado condenados al hambre y la miseria. Sólo 20 años después, cuando la industrialización de las grandes ciudades exi-

gió mano de obra barata, la burguesía fue capaz de dar una solución a la cuestión agraria... vaciando el campo.

La memoria de los proletarios de Badajoz, de los yunteros, de los jornaleros de todo el campo español, es la memoria de la traición por parte de los supuestos líderes revolucionarios. Las balas de los militares acabaron con miles de auténticos revolucionarios, pero su sentencia de muerte ya había sido firmada en las sedes del poder burgués y en las de sus aliados «obrerros».

(1) Trabajadores del campo que poseían las *yuntas* de los bueyes para arar, muchas veces los propios bueyes... pero que carecían de tierras. No son un sector propiamente proletario, pues cuentan con la propiedad de parte de los medios de producción, pero estaban completamente sometidos, igual que los proletarios, a los grandes terratenientes.

### 1973: Golpe de Estado en Chile: ¡Trágica experiencia que no debe olvidarse!

(Textos del partido N° 12, Septiembre de 2023, A5, 56 páginas, 2 €)

#### Sumario

••• Hace 50 años el reformismo llevó al proletariado chileno al matadero (Agosto de 2023) ••• Chile, a treinta años de distancia (Suplemento Venezuela n° 2 de «el programa comunista» n° 44, 2003; «el programa comunista» n° 45, 2004) ••• El carácter desastroso de la política de los Frentes Populares (Suplemento Venezuela n° 2 de «el programa comunista» n° 44, 2003) ••• Los errores que siempre cometeréis (Chile y la ilusión democrática) (Suplemento Venezuela n° 2 de «el programa comunista» n° 44, 2003) ••• La lección de la tragedia chilena (Folleto, «le prolétaire» n° 180, 1974) ••• La vía pacífica es la vía del suicidio y conduce a la masacre de la clase obrera («le prolétaire» n° 157, 1973; «il programma comunista» n° 17, 1973) ••• La «Unidad Popular» se arrastra ante la pequeña burguesía («le prolétaire» n° 139, 1972; «Il Programma Comunista» n° 22, 1972) ••• Chile, ¿patria de las vías pacíficas del socialismo? («le prolétaire» n° 93, 1970)

#### -Anexos:

••• Fuerza, violencia dictadura en la lucha de clase (Extractos) (Amadeo Bordiga, «Prometeo», 1946-1948) ••• En Chile, una nueva bancarrota de las ilusiones democráticas pequeñoburguesas (Suplemento Venezuela n° 26 de «el programa comunista» n° 55, 2023) ••• Pinochet: sacrificio del aliado de ayer en el altar del orden democrático burgués («le prolétaire» n° 449, 1999; «il comunista» n° 67, 1999)

# Las protestas en Bolivia y la necesidad de la lucha de clase independiente

Durante varias semanas, Bolivia ha enfrentado una ola de protestas, manifestaciones y bloqueos de carreteras. La capital, La Paz, se encuentra prácticamente paralizada por los bloqueos, que durante más de cuatro semanas han provocado escasez de productos básicos y han paralizado la actividad económica. Desde principios de mayo, las protestas se han extendido a gran parte del país, involucrando a diversos sectores: pequeños productores de coca, organizaciones indígenas, pequeños comerciantes, camioneros, mineros, maestros y otros.

El gobierno ha acusado al expresidente Evo Morales y a grupos del narcotráfico de ser responsables del movimiento, lo que constituye un intento flagrante de desacreditar a los manifestantes. Si bien es cierto que los partidarios de Evo Morales se enfrentaron con la policía en La Paz tras una marcha de varios días desde el departamento de Oruro (1), el descontento con la política gubernamental se extiende mucho más allá de los pequeños productores de coca.

Los vacuos llamamientos del gobierno al diálogo, sumados a la represión de las manifestaciones (hubo al menos cuatro manifestantes muertos), no lograron frenar el movimiento: a principios de junio había alrededor de un centenar de bloqueos de carreteras, y la renuncia del presidente, seis meses después de su elección, se convirtió en una de sus principales demandas.

Rodrigo Paz, quien asumiría la presidencia en noviembre de 2025, fue elegido bajo la consigna de «capitalismo para todos». Aprovechó el rechazo al MAS (Movimiento al Socialismo), que había estado en el poder durante veinte años (con la excepción del golpe de Estado de 2019) y estaba manchado por escándalos de corrupción, dividido en-

tre partidarios y opositores de Evo Morales, y sobre todo, incapaz de afrontar la crisis económica más grave que el país había experimentado en décadas: el año pasado fue la primera vez que el país entró en recesión en 40 años (excluyendo el año de la Covid); inflación cercana al 20% (anual), una caída del PIB del 1,6%, que el FMI prevé que alcance el 3,3% en 2026. Los beneficios de la venta de materias primas, especialmente gas, habían impulsado durante años el crecimiento económico y garantizado la paz social mediante la redistribución de una parte de estos ingresos. Pero la caída en la producción de gas provocó un fuerte descenso de estos ingresos (de más de 6.000 millones de dólares en 2014 a 1.100 millones de dólares en 2024), sumiendo las finanzas del país en números rojos y desencadenando la crisis económica. Paz había prometido rectificar la situación sin recurrir a medidas de austeridad drásticas, como exigían los partidarios de extrema derecha, y procurando no afectar desproporcionadamente a las clases pobres.

Pero una vez elegido, sus promesas de campaña se desvanecieron; el nuevo gobierno, integrado por figuras de extrema derecha (como el comandante policial responsable de las masacres durante el golpe de Estado de 2019) y con el apoyo de Estados Unidos y la Argentina de Milei, inevitablemente comenzó a servir abiertamente a los intereses de las grandes empresas; implementó una política de austeridad antisocial en consonancia con las recomendaciones del FMI. Se eliminaron los subsidios a los combustibles, provocando un repunte inflacionario, sin que mejorara la calidad de la gasolina importada (2). Se eliminó el impuesto sobre el patrimonio, etc. Para satisfacer una antigua demanda de los grandes terratenientes, una ley (1720) modificó los derechos sobre la tierra para permitir la apropiación de tierras por parte de la agroindustria. Pero la promulgación de esta ley 1720 en abril provocó una reacción inesperada: estallaron poderosas protestas de organizaciones campesinas e indígenas, obligando al gobierno a derogarla parcialmente tras 24 días de movilización. Este revés impulsó la expansión del movimiento contra las medidas de austeridad del gobierno.

El movimiento fue liderado por la COB (Central Obrera Boliviana) y los sindicatos campesinos. Sin embargo, la COB no es un sindicato de clase y solo bus-

ca evitar la radicalización del movimiento. Si bien una asamblea sindical votó el 1 de mayo a favor de una huelga general, la COB se negó a implementar esta decisión; prefirió organizar grandes manifestaciones «por la democracia» y la defensa de la patria, y apoyar la demanda de renuncia del presidente, es decir, la organización de nuevas elecciones. Si bien la dirigencia de la COB no se ha atrevido hasta ahora a responder positivamente a las ofertas de diálogo de Rodrigo Paz — en varias partes del país, los manifestantes desbordaron a las organizaciones sindicales, acusándolas de intentar obstaculizar la lucha —, es evidente que buscan una manera de poner fin al conflicto de la forma menos dolorosa para el orden establecido. Si fracasan, el gobierno se está preparando para recurrir a la fuerza: ha promulgado una ley que autoriza el uso del ejército.

Para el proletariado y las masas pobres, la democracia no es más que una farsa. La crisis capitalista supone una ola redoblada de ataques antisociales y antiobreros, independientemente del gobierno de turno. Frente a estos ataques, solo una lucha decidida, basada en principios claramente anticapitalistas, puede ser efectiva. Esto implica una lucha y organización de clases independiente, para la defensa exclusiva de los intereses proletarios y no de los intereses de la «patria» o del «pueblo», es decir, en última instancia, intereses burgueses; el interclasismo siempre implica el sacrificio de los intereses proletarios. El proletariado tiene el potencial de doblegar al poder burgués, siempre que luche desde posiciones de clase y con métodos de clase.

De este modo, puede atraer a la lucha a la pequeña burguesía y al campesinado rebeldes, en lugar de ser engullidos por un magma «popular» paralizante. Esta es la perspectiva que debe seguir, contraria a lo que defienden los diversos grupos de extrema izquierda que abogan por la democracia popular y son serviles al COB.

¡Por la lucha de clase independiente del proletariado!

¡Por la reconstitución del partido internacional de clase!

¡Por la revolución comunista internacional!

6 de junio de 2026

(1) Evo Morales se refugió en esta región para escapar de una condena judicial.

(2) Por razones económicas el Estado importa gasolina poco refinada que obstruye los motores.

## REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

# La clase proletaria y la guerra capitalista que se libra contra ella

## **Es la explotación del trabajo asalariado lo que mantiene en pie al capitalismo**

La clase proletaria es, históricamente, la clase productora, de cuyo *trabajo asalariado* la clase burguesa extrae la *plusvalía*, es decir, ese valor adicional que corresponde a las horas de trabajo diario no remuneradas al obrero (el *trabajo adicional*). Para lograr este resultado, la clase burguesa, al revolucionar el sistema social y económico feudal —y, en general, cualquier sistema precapitalista—, y al desarrollar los medios modernos de producción, ha desarrollado la economía *capitalista*, la economía *mercantil*. Se denomina capitalista porque se basa en un modo de producción caracterizado por la propiedad privada de los medios de producción, de cualquier medio de producción (que el marxismo ha definido como *capital constante*, por su propiedad de contener ya un valor que corresponde al trabajo de producción anterior, el trabajo *muerto*), medios de producción que recuperan vitalidad social en la medida en que se les aplica el trabajo *vivo*, el trabajo de los obreros por el que se les paga un salario (para el marxismo, *capital variable*). Además de la propiedad privada de los medios de producción, esta economía se caracteriza sobre todo por la *apropiación privada* de toda la producción social, apropiación conquistada con la revolución burguesa y defendida por la fuerza, desde ese momento en adelante, por el Estado burgués. Cualquier ser humano, para vivir, se ve así obligado a recurrir al mercado en el que comprar los productos-mercancía que necesita. La compraventa de todos los objetos que se producen se convierte en la relación social de la que depende la vida de todos, tanto de quienes lo poseen todo (los capitalistas) como de quienes no poseen nada (los proletarios). La clase burguesa domina la sociedad y seguirá dominándola mientras el Estado burgués y la economía capitalista se mantengan en pie. Con el desarrollo de la producción capitalista y, por tanto, del mercado de bienes materiales, se desarrolla también el mercado de la fuerza de trabajo a través de la expropiación de los campesinos pobres y empobrecidos, a través del mercado de esclavos, a través de la ruina de los estratos más débiles de la pequeña burguesía urbana que no resiste a la competencia de los productos industriales. Y se desarrolla también el mercado de los bienes inmateriales, la cultura, el arte, la ideología, que, con el tiempo, se convierten en mercancías idealmente a dis-

posición de todos, pero que, en realidad, son instrumentos adicionales de dominio social por parte de la clase burguesa que detenta su propiedad comercial e intelectual.

La burguesía, que fue revolucionaria frente al modo de producción feudal y a la sociedad feudal, se ha transformado, con el desarrollo del capitalismo, en una clase conservadora y contrarrevolucionaria. Conservadora porque es la propiedad privada de los medios de producción, incluida la tierra, y la apropiación privada de la producción social, lo que le permite dominar a toda la sociedad, explotar la fuerza de trabajo proletaria y los recursos naturales en todos los rincones de la tierra y enriquecerse sin límites empobreciendo y explotando a toda la población mundial. La contradicción más aguda de la sociedad burguesa radica en el hecho de que el poder del modo de producción capitalista, que permite producir enormes masas de bienes con un esfuerzo físico cada vez menor por parte de los trabajadores, se dirige exclusivamente a la producción de mercancías y, por tanto, de capital, que se convierten en los verdaderos dominadores no solo del mercado, sino de la vida de la especie humana. Pero el propio desarrollo técnico y tecnológico de la producción capitalista y su reproducción continua, junto con la producción y reproducción de las gigantescas masas de trabajadores asalariados en todos los continentes, empujan a la sociedad a liberarse de las ataduras económicas y sociales que asfixian a la inmensa mayoría de la población mundial, en beneficio aún hoy exclusivo de la clase burguesa capitalista, que constituye una minúscula minoría de la humanidad. Para mantener el dominio social sobre toda la humanidad, acaparando la mayor parte de los beneficios materiales de la gran producción industrial, la burguesía se ve impulsada a luchar contra la única fuerza social que ha demostrado históricamente no sólo plantarle cara, sino combatir su dominio político y económico para derrocarla, revolucionando de arriba abajo toda la sociedad tanto desde el punto de vista económico como social: el proletariado, la clase de los trabajadores asalariados.

Así como las mercancías no tienen fronteras, pudiendo fabricarse y venderse en cualquier parte del mundo, salvo que lo dicte la fuerza económica,

política y militar de una burguesía concreta sobre las burguesías competidoras, así tampoco la fuerza de trabajo asalariada tiene fronteras, puede ser explotada en su país de origen o en cualquier otro país al que sus condiciones materiales la empujen a emigrar. El proletariado, la clase de los trabajadores asalariados, es el producto más genuino de la sociedad burguesa, porque sin la explotación de su fuerza de trabajo el capital no se valorizaría, no podría producir capitales adicionales, no podría acumularse en manos de la clase de los capitalistas. Por eso, a pesar de que el desarrollo técnico y tecnológico de la producción capitalista permitiría desde hace tiempo ponerla al servicio de toda la sociedad, de la especie humana como tal, la clase burguesa de cada país, con el fin de mantener su dominio social, se vuelve necesariamente contrarrevolucionaria, transformando su antagonismo de clase frente a la clase proletaria en un antagonismo histórico frente a toda la especie humana.

### **De la lucha de defensa económica, el proletariado debe pasar a la lucha política contra la clase burguesa**

Para salir de esta contradicción asfixiante, dramática y negativa, la historia de las luchas entre clases ha señalado objetivamente el camino: la revolución de la clase mundial de los trabajadores asalariados, de la clase que, mediante el empleo obligado de su fuerza de trabajo en los medios de producción propiedad de la clase capitalista, produce toda la riqueza social. La lucha que el proletariado lleva a cabo para defender sus intereses vitales inmediatos contiene en sí misma una contradicción, en este caso positiva. Esta lucha ha mostrado y muestra continuamente los límites en los que se desarrolla, ya que está condicionada materialmente por la relación de dependencia existente entre la fuerza de trabajo y el capital, es decir, entre el salario —el precio de la fuerza de trabajo— y el capital. Para superar la explotación capitalista de la fuerza de trabajo asalariada, el proletariado debe dar un salto cualitativo histórico, debe elevar su lucha económica inmediata al nivel de la lucha política general, es decir, superar la lucha que los capitalistas encauzan por los meandros de la relación de dependencia de los trabajadores respecto al capital, luchando en el terreno político contra la fuerza material de su dominio: el Estado burgués, que no es otra

(sigue en pág. 10)

## La clase proletaria

(viene de la pág. 9)

cosa que el comité de administración de los intereses capitalistas de cada burguesía nacional.

Para que los proletarios sean capaces de llevar a cabo su lucha en el terreno político general —el único terreno en el que es posible contrarrestar y vencer a la fuerza dominante burguesa—, necesitan una guía política que conozca el recorrido histórico del desarrollo social partiendo de las bases económicas, de la estructura de la sociedad, para llegar a la superestructura, a las instituciones políticas, culturales y religiosas que impregnan toda la sociedad organizándola en función exclusiva de los intereses del capitalismo, es decir, de la clase burguesa dominante. Esta guía política es el **partido de clase**, que representa la conciencia histórica de clase que, a través del marxismo, le permite conocer de antemano el curso histórico inevitable del desarrollo del capitalismo, sus contradicciones y su superación; conocer de antemano, basándose también en la experiencia histórica de las luchas entre clases, cuáles son los objetivos reales de la lucha de clases del proletariado, qué métodos y medios de lucha son coherentes y cuáles no, con esos objetivos, cuáles son los enemigos de clase del proletariado, que no son solo los capitalistas y los burgueses declarados, sino también toda esa masa de estratos sociales pequeñoburgueses que alimentan el oportunismo en sus múltiples disfraces. La propia historia de las luchas de clases de 1830 en Francia, de 1848 en Europa, de 1871 con la Comuna de París, de octubre de 1917 con la revolución proletaria y comunista en Rusia, y las tenaces y valientes luchas proletarias contra la guerra en los años que precedieron y siguieron a la primera guerra imperialista mundial en Alemania, en Polonia, en Hungría, en Italia, es una historia que ha demostrado la posibilidad real de que la lucha de clases del proletariado —orientada a la conquista revolucionaria del poder político, al derrocamiento con la misma violencia que el poder burgués utiliza sistemáticamente para mantenerse en pie, al establecimiento de la dictadura de clase proletaria contra la dictadura de clase de la burguesía, e integrada en el movimiento revolucionario internacional—, es la única que tiene la fuerza para cambiar de arriba abajo la sociedad actual y transformarla en una sociedad en la que la explotación de las clases proletarias y desheredadas, la opresión sistemática de los pueblos más débiles, el empobrecimiento generalizado la reducción al hambre de una

masa humana cada vez mayor, y la guerra librada con el único fin imperialista de repartirse el mundo entre las principales potencias existentes, hayan sido erradicados para siempre.

Hoy, cuando las luchas proletarias siguen reduciéndose a perseguir migajas económicas y sociales destinadas a desaparecer ante la primera ráfaga de crisis, ante el primer enfrentamiento interimperialista por las materias primas y las fuentes energéticas; hoy, en que el proletariado es llamado y obligado a sacrificarse por enésima vez y de manera más feroz (aunque a menudo oculto por una propaganda que tiene interés en presentar a los gobiernos burgueses siempre dispuestos a remediar los daños económicos y sociales que las propias crisis del capitalismo provocan continuamente); hoy, en que el proletariado es doblegado por las fuerzas de la conservadurismo y del oportunismo político y sindical para satisfacer los intereses de la burguesía, de su poder económico y político, en «paz» y en «guerra», y es conducido una vez más hacia el máximo de los sacrificios (el sacrificio de la vida que debe ofrecerse a la guerra general que toda burguesía está preparando a escala mundial) parece que el proletariado no tiene salida, que no tiene otra alternativa que convertirse en carne de cañón tras haber sido creado como mano de obra para ser explotada hasta la última gota de sudor y sangre.

La guerra de expolio que las potencias imperialistas más importantes llevan a cabo en todas las décadas posteriores al final de la segunda carnicería imperialista mundial, a la que, por el camino, se han sumado otras potencias con menor potencia de fuego a su disposición pero con mayores ambiciones de hacerse con una porción del mercado mundial del que depende toda economía nacional, es la demostración de que las contradicciones del capitalismo, acumuladas y agudizadas por su propio desarrollo —que debe interpretarse como una **crisis periódica de sobreproducción** de mercancías y capitales— no pueden ser abordadas por la burguesía sino aumentando los factores de crisis y de guerra general.

El proletariado se levantará contra la guerra burguesa, contra la guerra de explotación imperialista, contra la carnicería mundial que se está preparando y que afectará a miles de millones de seres humanos con el único fin de mantener con vida un sistema social que conducirá a desastres cada vez más vastos, negando un futuro social de vida colectiva y de bienestar físico y espiritual que solo puede provenir de una sociedad no mercantil, no capitalista, no sometida a la explotación de la fuerza de trabajo asalariada, sino gozosa en la libre expresión de una humanidad que solo podrá ca-

racterizar una sociedad **sin clases**, una sociedad **comunista**, una sociedad **de especie**.

Por muy lejana que pueda parecer la sociedad de especie, la sociedad comunista, es el propio desarrollo técnico y tecnológico del trabajo humano impuesto por el capitalismo el que crea sus bases. Desde el punto de vista de la capacidad productiva para satisfacer ampliamente las necesidades vitales y sociales de los pueblos de todo el mundo, el capitalismo ha demostrado desde hace tiempo que la posee. Pero esas necesidades vitales y sociales de los pueblos de todo el mundo no han sido consideradas en absoluto por la burguesía mundial como su prioridad; y no puede hacerlo, por muchas reformas que sea capaz de llevar a cabo en este o aquel país, por muchas promesas que se haga a sí misma tras cada crisis que sacude su economía y su sociedad, porque es hija de un sistema económico que se devora a sí mismo, un sistema económico que crea y desarrolla fuerzas productivas en cantidad para destruirlas en cada crisis. El límite del capital, dijo Marx, es el propio capital: mientras se ve impulsado a aumentar sin límites las fuerzas productivas, se ve al mismo tiempo impulsado a destruirlas para poder dar paso a nuevos ciclos de producción mercantil, a nuevos ciclos de producción capitalista. Es una espiral que solo podrá ser vencida por una fuerza social que es a la vez **interna** al propio capitalismo —porque es una de sus criaturas—, por tanto, la fuerza de trabajo asalariada, y **contraria** al propio capitalismo —porque representa las **fuerzas** productivas que el capitalismo destina periódicamente a la destrucción, gracias a las **formas** de producción constituidas por el poder político y el Estado burgués, que aprisionan el desarrollo objetivo de las fuerzas productivas. Esta fuerza social está representada por el proletariado, por la clase de los trabajadores asalariados, a su vez aprisionados en el sistema de apropiación privada de la producción social. Por lo tanto, para dar a las fuerzas productivas humanas un desarrollo libre e indefinido, deben deshacerse de todas las formas sociales burguesas existentes, deben **hacer saltar por los aires toda la superestructura de los estratos que forman la sociedad oficial** (*Manifiesto del Partido Comunista*, Marx-Engels).

**Han asesinado el Primero de Mayo proletario: la reanudación de la lucha de clases y revolucionaria del proletariado mundial volverá a convertirlo en el emblema de su emancipación histórica.**

El Primero de Mayo de cada año, desde que la Internacional Socialista lo eligió como cita mundial de lucha de los

# La continuidad teórica y política de nuestra corriente : en 2026, se cumplen 100 años de la defensa por parte de la Izquierda Comunista de Italia de las Tesis de Lyon.

Han pasado cien años desde el tercer congreso del Partido Comunista de Italia, mantenido en Lyon en enero de 1926. En él se presentaron las tesis del centro del partido (Gramsci) y las tesis de la corriente de Izquierda del PcdI. A continuación, publicamos una parte de la «Premisa» a las *Tesis de Lyon* de la Izquierda Comunista de Italia que fueron publicadas en *El Programa Comunista* n° 34-35 de abril de 1980 y que reeditaremos en un folleto aparte en los próximos meses.

[...] En el movimiento socialista internacional, la Izquierda —tal y como documentan los volúmenes I y I bis de nuestra *Storia*(1)— había sido, sin lugar a dudas, la única que, ante la guerra mundial, adoptó las mismas posiciones de principio que defendían ardientemente Lenin y la escasa minoría de la «izquierda de Zimmerwald». Había sido, *por tanto*, al estallar la Revolución de Octubre y durante los dos años siguientes, la única que había brindado al partido ruso, en cuanto a los fines y los medios de la dictadura bolchevique y

de su órgano dirigente, un apoyo sustancial y de principio muy diferente de aquel formal, genérico e inspirado por el entusiasmo del momento, que dictó el giro de 180 grados de la mayoría del partido socialista francés o los repentinos acercamientos del maximalismo internacional, demagógico y confuso incluso en el mejor de los casos de sinceridad de sus «líderes». Había sido la única, desde finales de 1918 en adelante, en declarar *previa* para una resolución revolucionaria de la crisis de posguerra la ruptura irrevocable no solo con la derecha, sino con el centro, aún más traicionero, y la formación del partido comunista sobre las bases que el II Congreso de la Internacional Comunista establecería en 1920.

No es de extrañar, por tanto, que —como hemos visto— en aquel congreso la Izquierda, que intervino sin mandato oficial como mera «corriente» del PSI, no solo no se opusiera a las tesis fundamentales sobre el papel del partido en la revolución proletaria, sobre las condiciones de constitución de los soviets y sobre las cuestiones nacional y colonial,

sindical y agraria, ninguna de las objeciones que, en cambio, plantearon los representantes de las delegaciones oficiales (o que callaron solo para volver a plantearlas más tarde, al regresar a su país o en posteriores congresos mundiales), sino que aportara una contribución decisiva a la formulación de las condiciones vitales de admisión en la Internacional Comunista, insistiendo en que se hicieran *aún más* rigurosas y, sobre todo, que no dejaran abierta la peligrosa puerta a las adaptaciones a las «situaciones locales».

Pero, en el marco de esta lucha común y solidaria para erigir «barreras insuperables» al reformismo en el seno de la Internacional Comunista, existía ya desde entonces, en las directrices que la Izquierda invocaba para *todo* el movimiento, esa exigencia de globalidad, de carácter «cerrado», en cada formulación —ya se refiriera al programa o a la forma de organizarse de los partidos afiliados—, de la que las *Tesis de Lyon* serían la reivindicación definitiva, y casi lapidaria.

Dicha exigencia, al no surgir de la mente de un solo individuo, sino de la acumulación de experiencias de lucha en Occidente bajo un régimen de plena democracia (con las inevitables corrientes reformistas y centristas a su estela), se afirmó con vigor polémico no por un «lujo teórico» ni por escrúpulos de integridad moral o de perfección estética, como se dijo después, sino por motivos exclusivamente «prácticos» (en el sentido, por supuesto, de que para el marxismo la teoría y la acción son términos dialécticamente inseparables).

Esta postura venía dictada por una sana preocupación no tanto por el presente —es decir, por una fase histórica que, sin embargo, distaba mucho de haber agotado su potencial revolucionario—, como por el futuro, con especial atención a aquella Europa occidental y central que, con razón, se consideraba la piedra angular de la estrategia comunista mundial, pero en la que el proceso de maduración de las premisas *subjetivas* de la revolución —en primer lugar, la del partido— iba a la zaga del proceso de desarrollo de las premisas *objetivas*, y se desarrollaba en un marco de contingencias históricas que propiciaban, mucho más que la claridad, la confusión teórica y, en el plano organizativo, la desorganización y la ineficacia. En aquel momento, era urgente dotar al movimiento proletario, en pleno

## La clase proletaria

(viene de la pág. 10)

proletarios de todos los países del mundo contra la sociedad burguesa, y por tanto contra el capitalismo y todas sus formas de existencia, deberá volver a ser el día mundial de la reanudación general de la lucha de clases del proletariado. El Primero de Mayo, como cualquier otra expresión histórica de la lucha de clases del proletariado (desde las asociaciones económicas clasistas de defensa inmediata hasta el partido de clase, desde las luchas revolucionarias y las revoluciones efectivamente llevadas a cabo, como en París en 1871 y en San Petersburgo en 1917, y desde la dictadura de clase proletaria dirigida por el partido bolchevique de Lenin), ha sido tergiversado, transformado por las fuerzas oportunistas y contrarrevolucionarias en una celebración de la democracia burguesa, del poder burgués, del capitalismo, y se utiliza contra el proletariado, contra sus aspiraciones sociales, contra sus tareas de clase históricas; ha sido transformado, al igual que toda lucha proletaria llevada a cabo por las fuerzas oportunistas de la colaboración de clases, en un arma de la conservación social, de la colaboración inter-

clasista, un arma contra los proletarios de todo el mundo.

¡Por la reanudación de la lucha de clases en todos los países!

¡Por la reconstitución de las asociaciones económicas proletarias de clase y la lucha contra toda forma de colaboración entre las clases!

**¡Por la lucha contra la «paz burguesa e imperialista» y, más aún, contra la «guerra imperialista»!**

¡Por la reanudación de la lucha de clases a nivel mundial!

¡Por la guerra de clases contra la guerra imperialista!

¡Por la revolución proletaria y el comunismo, único camino para acabar con toda opresión, toda explotación, toda desigualdad, toda guerra, toda división de la sociedad en clases!

**¡Por la emancipación general de los seres humanos de su reducción a mercancías, a artículos de comercio, a carne para la explotación capitalista y para el matadero!**

28/04/2026

Partido Comunista Internacional  
(El Proletario)

(sigue en pág. 12)

## TESIS DE LYON

(viene de la pág. 11)

auge, de una dirección mundial centralizada y, bajo la firme dirección del partido de Lenin y Trotsky, las lagunas de unas fórmulas relativamente «abiertas» e incluso «elásticas» podían representar un riesgo, pero calculado, y tal vez inevitable.

Pero ¿qué habría ocurrido *mañana*, si y cuando la gigantesca oleada hubiera remitido y, al ensombrecerse las perspectivas de un rápido avance, el peligro —por usar una frase de Trotsky— de una «recidiva socialdemócrata», mucho más grave en las fases de retroceso que en vísperas de la insurrección, se hubiera hecho realidad, sacando a la superficie y dejando que se filtraran en el movimiento los residuos del reformismo que no habían sido asimilados ni expulsados? Con la guerra ya lejana y la revolución quizá cercana, a los Cachin o a los Chrispien les resultaba fácil aceptar las tesis de la Internacional Comunista, con la misma rapidez con la que, seis años antes, se habían pasado al bando de la defensa nacional y de la guerra imperialista: «el poder de los soviets», «la dictadura del proletariado», «el terror rojo»; pero, una vez agotadas las fuerzas objetivas de las que su adhesión era producto inconsciente e involuntario, ¿no se habría convertido

la fractura (como de hecho ocurrió) en un abismo? Es más: ¿habría estado la propia Internacional a salvo, además de de la presión externa de las coyunturas adversas, de lo que las *Tesis de Lyon* denominarán «la repercusión que tienen sobre el partido los propios medios de su acción, en el juego dialéctico de causas y efectos»?

Un hilo ininterrumpido une, pues, 1920 con 1926; y esto explica cómo las *Tesis de Lyon*, retomando los temas de entonces, ampliándolos y dándoles una sistematización definitiva y general, han podido y pueden aún ofrecerlos a generaciones posteriores, cargados del balance *real* de su confirmación práctica. Los eslabones de nuestra cadena dialéctica ya eran precisos entonces: que la doctrina, el programa y el sistema de normas tácticas sean únicos, conocidos por todos y vinculantes para todos; así, la organización será única y, por tanto, disciplinada y eficiente.

Seguro de poseer estas condiciones, que son las de su propia existencia, el partido será capaz de prepararse a sí mismo y al proletariado para la solución revolucionaria de la crisis de la sociedad capitalista, sin comprometer, en los momentos de reflujo de dicha crisis, las posibilidades de recuperación. Si primero aflojáis los eslabones de la cadena y luego teorizáis sobre ese aflojamiento, lo habréis perdido todo: tanto el potencial de victoria en las situaciones de auge como el potencial de recuperación

en las situaciones de declive. Habréis destruido al partido, que es el órgano de la revolución *si y en la medida en que* haya previsto, con una firme continuidad teórica y práctica, «cómo se desarrollará un determinado proceso *cuan-do* se den ciertas condiciones» (Lenin en *El camino de la revolución*, 1924) y «qué deberemos hacer ante las diversas hipótesis posibles sobre la evolución de las situaciones objetivas» (*Tesis de Lyon*, parte general).

La historia de la III Internacional es, por desgracia, también la historia de su alejamiento gradual de esta vía maestra; es, por tanto, también la historia de *cómo se mata al partido*, aunque no se quiera, aunque se actúe con la mejor intención de salvarlo. 1926 es el año del «socialismo en un solo país» con todo su necesario contorno (bolchevización, aplastamiento de la oposición de izquierda bajo la apisonadora de la disciplina por la disciplina): esa fórmula maldita no significaba otra cosa que la muerte del partido mundial. Es el verdadero año de la muerte del Komintern: lo demás no será más que la macabra danza alrededor de su ataúd.

---

(1) *Storia della Sinistra Comunista*, ed. *Il programma comunista*, 1962, tres volúmenes editados en Italia dedicados a la historia de nuestra corriente. Se pueden solicitar a nuestra dirección.

## Desde Gaza hasta el Líbano e Irán, desde Mali hasta la República Democrática del Congo, desde Cachemira hasta Etiopía y Kosovo...: la ley de la guerra permanente es la ley del imperialismo

Últimos «boletines de guerra»: Israel en guerra contra Irán, atacando en el Líbano, siempre en guerra contra los palestinos en Gaza y Cisjordania. Estados Unidos, tras la suspensión del apoyo directo a Ucrania por parte de la Administración Biden y el desmoronamiento de la retórica de la Administración Trump, que pretendía poner fin a los conflictos existentes, ha entrado decididamente en guerra contra Irán, dejando vía libre, como siempre, al canibalismo israelí. Irán, ahora que ha sido atacado directamente, no puede eludir la guerra contra Estados Unidos —y, naturalmente, contra Israel— y ha puesto también en el punto de mira a las monarquías petroleras del Golfo Pérsico aliadas de EE. UU. Rusia, inmersa en su guerra contra Ucrania, sigue bombardeándola y se limita a observar el conflicto con Irán: no tiene pactos de alianza mili-

tar recíproca con Irán en caso de ataque por parte de otros países, aunque, en parte, comparte con Irán una situación económica debilitada por las múltiples sanciones decretadas por Washington y los europeos, pero tiene interés en no poner palos en las ruedas al imperialismo estadounidense, del que ha recibido una especie de reconocimiento internacional tanto en lo que respecta a las negociaciones para poner fin a la guerra en Ucrania como a la exportación de su propio petróleo, con la suspensión «temporal» de las sanciones ante la crisis mundial del petróleo provocada por el bloqueo del estrecho de Ormuz por parte de Irán, al que se sumó el bloqueo de la Armada de los Estados Unidos.

Los países de la Unión Europea se encuentran atrapados entre la ausencia total de una política exterior «comunitaria» y los intereses de cada imperialis-

mo, que se dividen entre quienes quieren mantener abiertas las posibilidades de relaciones comerciales con Irán (a pesar de las sanciones) para retomarlas al final de la guerra, y quienes, sometidos a la política exterior de Washington y a la fuerza militar estadounidense, intentan hacerse aceptar como buenos aliados aunque no hayan participado en la «llamada a la guerra» de Washington. Los países europeos tienden cada vez más a optar por las relaciones bilaterales, minando así con sus propias manos una «Unión» que, en realidad, nunca han logrado poner en práctica más que en términos comerciales, con todas las contradicciones e incongruencias que conlleva el mercado capitalista.

China, por su parte, como viene haciendo desde hace décadas, no se involucra militarmente ni en las guerras que los viejos imperialistas (incluida Rusia)

han desatado y siguen desatando entre ellos o contra naciones más débiles, ni se expone a apoyar a sus «aliados» (por ejemplo, los aliados económicos del BRICS) en defensa de sus intereses amenazados por los ataques de países «competidores», por lo tanto, objetivamente «enemigos». Por ello, ante la guerra estadounidense contra Irán (que es para Pekín un importante proveedor de petróleo y derivados del petróleo), China, desde su posición de mayor ventaja en términos de reservas estratégicas de productos petrolíferos y otras materias primas vitales en comparación con las demás potencias imperialistas de Europa y Japón, puede resistir mucho mejor el impacto provocado por el bloqueo del estrecho de Ormuz; además, al erigirse como posible mediadora, junto con Pakistán, entre Irán y EE. UU., va ganando prestigio político ante todos los países, no solo los del Sur del mundo. En la reciente reunión celebrada en Pekín entre Trump y Xi Jinping, de la que hablamos en otro artículo, más allá de las declaraciones oficiales, surgen posturas que dejan entrever, desde el punto de vista económico, posibles negocios entre las dos potencias —no es casualidad que Trump haya llegado a China acompañado de un grupo de oligarcas interesados en firmar acuerdos con los chinos, también por sus materias primas indispensables para la alta tecnología (acuerdos de los que, con toda probabilidad, se sabrá muy poco, dado el interés mutuo por mantenerlos en secreto) —, mientras que, en el plano de las relaciones políticas, la advertencia que Pekín ha dirigido a Washington sobre la «cuestión de Taiwán» ha sido que se abstenga de interferir, advertencia que Trump no puede dejar de tener en cuenta, entre otras cosas porque quizá Pekín tenga muchas más posibilidades que Moscú de influir en Teherán, no solo en lo que respecta al estrecho de Ormuz, sino también en una cuestión igualmente delicada: la nuclear. Por otra parte, persiste un silencio sepulcral por parte de todas las cancillerías imperialistas sobre la «cuestión israelo-palestina»: el silencio generalizado de todos los gobiernos, tanto «democráticos» como «autoritarios», sobre la mano armada con la que Israel aborda la «cuestión palestina», los convierte en cómplices no solo de la masacre sistemática de este pueblo, sino también de las masacres actuales y futuras que afectan a una parte considerable de los enfrentamientos armados en las diversas «zonas de conflicto» olvidadas por las portadas de los grandes medios de comunicación, desde África hasta Oriente Medio y Asia Central.

## OTRA MIRADA AL MUNDO

Si echamos un vistazo al panorama general, constatamos que desde hace aproximadamente tres décadas —es de-

cir, tras el colapso de la URSS y la división del mundo, junto con EE. UU., en dos grandes bloques imperialistas opuestos—, el capitalismo mundial ha entrado decididamente en una fase de guerra permanente. El desarrollo imperialista del capitalismo, con la formación de grandes monopolios que, partiendo de una base «nacional» original, se expanden sin cesar a escala mundial sometiendo a naciones pequeñas, medianas y grandes a sus propios intereses, ha entrado inevitablemente en una fase en la que la guerra de competencia dentro de los propios centros monopolísticos, y entre estos y todas las demás grandes empresas de los más diversos sectores económicos, se transforma, entre diversas y breves interrupciones, en una guerra abierta con una característica adicional respecto a la historia capitalista anterior: es más frecuente que la guerra militar sea desencadenada y llevada a cabo por formaciones militares paralelas, vinculadas y financiadas por los grandes monopolios que dirigen las políticas de los distintos Estados, en lugar de por los ejércitos oficiales. Esto no quita, naturalmente, que, en un momento determinado de alta tensión de la guerra de competencia, los Estados movilicen sus propias fuerzas armadas oficiales contra los enemigos del momento. Si consideramos las «zonas de tormenta» en las que se han concentrado los conflictos en los últimos treinta años, por ejemplo, Europa del Este (antigua Yugoslavia, Ucrania), África (en particular el Sahel, el Cuerno de África y África Central), Oriente Medio (Irak, Siria, Líbano, Kurdistán) y, en parte, Asia Central (India, Pakistán) y Oriental (Tailandia, Camboya), vemos que las grandes potencias imperialistas han utilizado sistemáticamente no solo su propio poder financiero y militar oficial, sino que, en muchísimas ocasiones, también han recurrido a formaciones militares mercenarias que, al alcanzar un cierto nivel de organización y fuerza, pasan de ser aliadas a convertirse en antagonistas de las potencias imperialistas que las han apoyado, financiado y protegido. Los ejemplos son realmente numerosos, como el Daesh (ISIS), que durante algunos años extendió su control sobre territorios de Siria e Irak; Al Qaeda y los grupos afiliados a ella, como Boko Haram, Jnim, Al Shabaab, el antiguo Wagner, el M23, Hezbolá, etc., por no hablar de Hamás, que, con el apoyo de Israel, gobernó la Franja de Gaza en oposición a la Autoridad Nacional Palestina para luego convertirse en su enemigo número uno, o de los talibanes, que se han apoderado de todo un país, Afganistán.

La famosa afirmación de von Clausewitz —«la guerra es la continuación de la política exterior por otros medios, por medios militares»— se ha convertido en una cita a la que ya no solo tienen acceso los «expertos» en política exte-

rior y economía, sino cualquier periodista que quiera resumir la explicación de una guerra sin limitarse a las habituales afirmaciones sobre la maldad personal de tal jefe de Gobierno o de Estado. Pero, ¿en qué se basa la política exterior de cada Estado (o de cada formación militar que aspira a convertirse en Estado)? En los intereses económico-financieros y políticos que, en cada nación, no son más que los intereses del Gran Capital, el cual, en defensa propia, utiliza la fuerza del Estado para contrarrestar la competencia extranjera e imponer sus propios intereses. El mercado se ha convertido así, precisamente por su evolución hacia un mercado mundial, en el escenario en el que se enfrentan los intereses capitalistas de cada empresa, de cada grupo de empresas, de cada trust, de cada monopolio y, por tanto, de cada Estado (y de cada formación político-militar paralela que aspira a convertirse en Estado) y no representa más, como siempre había sostenido Marx, que el comité de administración del gran capital. Un organismo que tiende a ampliar sus zonas de influencia más allá de las fronteras reconocidas por los demás Estados, no solo mediante la guerra entre Estados, sino también a través de la actividad terrorista de formaciones militares que él mismo sostiene, equipa y aprovisiona, pero que, a menudo, valiéndose de la fuerza militar que las caracteriza, tienden a hacerse con porciones de poder autónomo, chantajeando a sus propios protectores gracias a los servicios terroristas prestados en beneficio de sus intereses. El amplio florecimiento, en los últimos cuarenta años, de formaciones militares paralelas a los Estados oficiales no es más que una demostración más de la putrefacción de la sociedad capitalista, putrefacción que constituye un caldo de cultivo que alimenta la formación de nuevas organizaciones que viven exclusivamente del parasitismo capitalista, sumándose a la explotación, la opresión y la violencia social «clásica» del capitalismo, al estilo de los usureros. Lenin nos explica la gran ley del imperialismo en su obra *El imperialismo*, en la que —frente a los economistas burgueses que, al darse cuenta del desarrollo imperialista del capitalismo, lo explicaban por la evolución de la naturaleza económica del capitalismo hacia la *interdependencia*, la salida del aislamiento que había caracterizado al siglo XIX—, ponía de relieve la verdadera causa, la verdadera base de esa «interdependencia», es decir, las relaciones sociales de producción transformadas. «Cuando una gran empresa se convierte en gigantesca y organiza sistemáticamente, basándose en un cálculo preciso que se refiere a las masas, el abastecimiento de materias primas, en una proporción de dos tercios o tres

(sigue en pág. 14)

## Desde Gaza

(viene de la pág. 13)

*cuartos del total necesario para el consumo de decenas de millones de personas; cuando se organiza sistemáticamente el transporte de estas materias primas a los lugares adecuados de producción, a veces situados a cientos o miles de kilómetros; cuando un único centro dirige todas las etapas sucesivas del trabajo, hasta la fabricación de diversos productos o artículos acabados; cuando la distribución de estos productos se realiza, según un plan único, entre decenas y cientos de consumidores (distribución del petróleo en América y en Alemania por parte del trust petrolero estadounidense); entonces resulta evidente que nos encontramos ante una socialización de la producción y no ante una simple interdependencia, que las relaciones económicas privadas, así como las relaciones privadas de propiedad, constituyen una envoltura que ya no se corresponde con su contenido, una envoltura necesariamente destinada a pudrirse, en caso de que se retrase artificialmente su eliminación, una envoltura que podrá subsistir durante un tiempo bastante largo en estado de gangrena (sí, en el peor de los casos, la curación del absceso oportunista se prolongue), pero que, sin embargo, será inevitablemente eliminada» (1). La visión histórica e internacional de un gran marxista como Lenin, incluso en la descripción sintética del curso de desarrollo del capitalismo original hacia el capitalismo monopolista, pone de relieve cómo la propia evolución extremadamente contradictoria del capitalismo somete a su *envoltura*, sus *formas de producción*, en la condición dialéctica de exigir una socialización de la economía que impulse hacia la necesaria eliminación de las propias relaciones de producción y de propiedad burguesas para poder expresarse al máximo de su potencial. La gangrena que corroe la sociedad capitalista, y que la empuja constantemente hacia la producción desenfundada de mercancías y capitales y hacia la necesidad simultánea de destruirlos para dar paso a una secuencia interminable de ciclos hiperproductivos sucesivos, solo podrá eliminarse y derrotarse cuando la clase proletaria, a nivel internacional, con su movimiento revolucionario, conquiste el poder político derrocando a los Estados burgueses —comités de administración del capitalismo— y sustituyéndolos por un organismo centralizado que deberá intervenir de forma despótica no solo en las relaciones sociales y políticas (excluyendo la libertad de organización política, cultural, etc., de las clases burguesas derrotadas, y también su libertad económica en la medida en que esta subsista, junto al control dictatorial de*

la gran industria y la gran distribución, hasta que se complete la transformación del modo de producción), sino también en las relaciones de producción, poniendo en marcha, con el apoyo del movimiento revolucionario proletario internacional, la transformación económica de los «territorios-naciones» en los que haya triunfado la revolución proletaria. La dictadura del proletariado, que se instaurará tras derrocar la dictadura de la burguesía, interviniendo violentamente en las relaciones económicas y sociales burguesas (contra la propiedad privada y, sobre todo, contra la apropiación privada de la producción social, que es la característica fundamental del capitalismo), abrirá por fin la sociedad al desarrollo de sus fuerzas productivas, que el capitalismo, para sobrevivir, frena y destruye con el único fin de reactivar la acumulación de beneficios tras cada crisis. Pero de todo esto hablaremos en otros artículos.

Ante un mundo constantemente sacudido por conflictos de todo tipo y por el aumento de las zonas de conflicto en los distintos continentes, todo Estado imperialista se ve obligado a considerar lo que ha hecho, lo que está haciendo y lo que hará el imperialismo estadounidense. Aunque en las últimas décadas Estados Unidos ya no es la única gran potencia imperialista capaz de intervenir en cualquier punto del globo, y sobre todo desde que el imperialismo chino ha suplantado a la antigua URSS en la guerra de competencia mundial, la actual Administración Trump nos permite confirmar, con ejemplos acumulados a lo largo de un año, las características del capitalismo imperialista que el marxismo ha analizado con gran claridad. Una vez superado el largo período del dominio colonial clásico del siglo XIX —asociado a Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, Japón y los propios Estados Unidos—, el desarrollo del capital financiero se enfrentó a la prolongada etapa de las luchas de liberación colonial, sustituyendo, en parte, la presencia de tropas militares en los países colonizados por un arma que resultó decisiva para el dominio imperialista: el arma financiera con la que los grandes monopolios imperialistas son capaces de someter a sus propios intereses, pero también de asfixiar, a los países más débiles. Si hay algo que, por su propia naturaleza, «no tiene fronteras», es el dinero. Los bancos se han convertido en auténticas empresas que no producen bienes de consumo, sino más dinero en forma de beneficios, ganancias y comisiones por cada «operación» relacionada con los movimientos de dinero; de hecho, se han convertido en el símbolo de la *modernidad* de un país y, al mismo tiempo, en el instrumento para aprisionar todas las relaciones de producción y sociales en las redes del interés financiero. La modernidad de un país se mide ahora por

su endeudamiento con las entidades bancarias nacionales e internacionales y, naturalmente, por su capacidad futura para saldar esas deudas; es, en esencia, la forma moderna que ha adoptado el colonialismo clásico.

## LA GUERRA COMO CONSTANTE DE LA POLÍTICA IMPERIALISTA

Si es cierto, como de hecho lo es, que la guerra es la continuación de la política exterior de todo Estado (y, por tanto, de todo gran capital monopolístico) por otros medios, los movimientos financieros que envuelven la economía de cada empresa, de cada monopolio, de cada país son los protagonistas de la política exterior de cada Estado y se convierten en los impulsores de todas las operaciones políticas, diplomáticas, económicas y militares destinadas a defender intereses consolidados a lo largo del tiempo o a conquistar territorios económicos y nuevos mercados en los que actuar. Como subrayaba Lenin en la cita que hemos recogido anteriormente, uno de los objetivos de esta política exterior es el acaparamiento de *materias primas*: sin materias primas no hay producción; sin una producción cada vez más variada tecnológicamente y en constante crecimiento no hay mercado; sin mercado no hay operaciones bancarias y financieras destinadas a acumular beneficios y ganancias. La economía financiera se sustenta en la economía real, en la producción de bienes, de valores de uso que se transforman en valores de intercambio, pero ha adquirido tal predominio —porque el capital, para vivir y sobrevivir, debe producir más capital— que sus leyes acaban asfixiando a la economía real, o mejor dicho, en los países en los que el capital financiero ha tomado completamente el control de la economía general (los países imperialistas), la economía financiera sustituye en gran medida a la economía real, relegando a esta última a los demás países que funcionan como reservas de producción —y, por tanto, de mano de obra asalariada— y que están sometidos a la opresión de las finanzas internacionales. Y así, el mundo queda, en cierto sentido, aún más dividido entre países que son principalmente proveedores de materias primas, países que son principalmente proveedores de producción manufacturera y de trabajadores asalariados, y países que son principalmente poseedores de capital financiero. Es evidente que, sin producción real, el capital financiero no tendría el poder que tiene, y para la producción real se necesitan materias

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:  
**[www.pcint.org](http://www.pcint.org)**

primas, tanto como fuentes de energía para la industria, la agricultura y los hogares (petróleo, gas natural, carbón, etc.) como recursos minerales (desde el hierro hasta el cobre y las tierras raras) o vegetales, necesarios para la producción de los bienes más diversos y tecnológicamente avanzados. Por eso, la guerra de la competencia se centra cada vez más en las materias primas y sus reservas, y por tanto en los países que las poseen en abundancia. Antiguamente, para someter a un pueblo y a su país había que enviar cientos de miles de soldados y medios militares y mantener la guerra en todo el territorio que se quería conquistar y durante todo el tiempo necesario para vencer la resistencia indígena; no había alternativas. Posteriormente, para lograr el mismo resultado, las potencias financieras comenzaron a ofrecer créditos a largo plazo, se apoderaban de los puertos, financiaban nuevas fábricas cuya producción estaba destinada a la exportación, obtenían mediante chantajes y la fuerza concesiones mineras y, por lo tanto, se necesitaban menos soldados, pero más bases aéreas y navales a disposición de las potencias extranjeras. Además, las innovaciones tecnológicas en el ámbito militar han permitido a los países con mayor capacidad económica y política dotarse de armamento (desde la aviación hasta los misiles y los drones) capaz de alcanzar objetivos enemigos incluso a gran distancia sin tener que desplazar, en cada conflicto, enormes contingentes de soldados como antaño. Por supuesto, este hecho no excluye la necesidad por parte de las fuerzas armadas de los países en conflicto de conquistar y controlar físicamente los territorios ajenos, cuyo destino es o bien la anexión por parte del Estado «invasor», o bien el control político y económico en forma de vasallaje del Estado vencido.

¿Qué hizo Estados Unidos, tras salir victorioso de la Segunda Guerra Mundial imperialista, sino conceder créditos a medio mundo —y a los países de Europa Occidental en particular— y utilizar su fuerza militar para controlar sus gobiernos a través de sus bases militares, un control que también garantizaba los cuantiosos créditos destinados a la reconstrucción de posguerra? Así fue como Europa occidental y sus gobiernos quedaron sometidos a los dictados de Washington, en connivencia con la URSS de Stalin y sus sucesores, para repartirse el control de los Estados y de su proletariado —en particular el alemán, polaco, italiano y balcánico—, que habían dado claras muestras de intolerancia ante las consecuencias de la devastadora guerra y que podrían haber retomado la gran tradición clasista y revolucionaria de los años de la Primera Guerra Mundial. Esto se hacía necesario por dos razones im-

portantes: la defensa de los intereses generales del capitalismo como modo de producción y como relaciones sociales, y la necesidad de una intervención económico-militar ante las burguesías europeas que no eran capaces de garantizar al imperialismo mundial el control total de sus respectivos proletariados, sometiéndolos a la colaboración de clase.

También en su obra *El imperialismo*, Lenin subraya con fuerza otro aspecto crucial de la situación a la que se enfrentaban los proletarios de todos los países, y en particular de los países imperialistas, a saber, «*el vínculo entre el imperialismo y el oportunismo*», vínculo que se crea y se refuerza a medida que avanza el desarrollo imperialista del capitalismo. Gracias a este desarrollo, los enormes beneficios que obtienen los grandes monopolios les permiten —y, por tanto, a los Estados que gestionan y defienden sus intereses— utilizar una parte de ellos para corromper a las capas más altas del proletariado y vincularlas firmemente al carro burgués. Se trata de un fenómeno de evidente parasitismo del capitalismo desarrollado, que ya se había detectado a principios del siglo XX en el país entonces más desarrollado y dueño de los mares, Inglaterra; fenómeno que no se limitaba únicamente a Inglaterra, sino que se extendería a escala mundial en la medida en que el capitalismo —a pesar de lo que teorizaba Kautsky— penetraba y se desarrollaba también en países hasta entonces agrícolas y económicamente atrasados. Por otra parte, el desarrollo del capitalismo conlleva el desarrollo de sus contradicciones y de los antagonismos de clase; en los países antes atrasados, su violenta transformación en países plenamente capitalistas ha creado masas de trabajadores asalariados que antes no existían más que en una ínfima parte, provocando objetivamente el antagonismo de clase más moderno, el que existe entre capitalistas y proletarios. Así, históricamente, la burguesía capitalista e imperialista, al crear las condiciones de su desarrollo y de su dominio social, ha creado al mismo tiempo las condiciones de la lucha entre las clases y, por tanto, las condiciones de la futura revolución proletaria. La experiencia de la burguesía de los países capitalistas más antiguos, empezando por Inglaterra y extendiéndose luego a Francia, Alemania, América y Rusia, ha llevado a toda burguesía a extraer una lección vital para su dominio y para su supervivencia como clase dominante: dividir al proletariado en estratos privilegiados —aunque minoritarios respecto a la masa proletaria— vinculándolos lo más firmemente posible a sí misma, y en estratos menos privilegiados, más explotados y explotables, que servirán como mano de obra bruta, más precaria y marginable, para contraponerlos tanto a los proletarios más privilegiados como a los proletarios inmigrantes, pro-

cedentes de las colonias y de los países más débiles y atrasados. El oportunismo obrero tiene raíces materiales muy concretas que consisten precisamente en garantizar económica y socialmente a una minoría del proletariado una vida menos precaria y menos penosa que la del resto de la gran masa proletaria, constituyendo así un ejemplo físico y tangible de lo que, idealmente, podría alcanzar todo proletario si siguiera las indicaciones dictadas por la burguesía dominante. Esa política social que la burguesía de los países imperialistas y más avanzados ha adoptado —y que desde el final de la Segunda Guerra Mundial en adelante ha extendido a todos los sectores proletarios— es la que conocemos bien: la política de los amortiguadores sociales, de una serie de «garantías» sociales definidas por ley, a través de la cual la burguesía dominante utiliza una pequeña parte de sus beneficios para satisfacer las necesidades más acuciantes de la clase proletaria. El maestro de esta política fue el fascismo, que la convirtió en una de sus características específicas al institucionalizar el sistema de los amortiguadores sociales y construir, al hacerlo, una potente base económica y social para la colaboración de clases.

Las contradicciones cada vez más agudas del capitalismo y los contrastes cada vez más graves de carácter económico, político y militar entre los Estados no podían «garantizar» el mantenimiento, y mucho menos la ampliación, de esos amortiguadores sociales. Las inevitables crisis económicas y sociales del capitalismo empujaban a los poderes burgueses —independientemente de los partidos que estuvieran en el gobierno en cada momento— a recortar de forma más o menos progresiva, y una tras otra, esas «garantías» con las que los proletarios se habían acostumbrado a contar. Pero, como siempre ocurre —y la religión es una demostración palpable de ello—, la esperanza de que cada uno pueda llevar una vida cotidiana más serena y segura, y de poder criar a sus hijos ofreciéndoles un futuro mejor que el que tuvieron sus padres, perdura en el tiempo incluso cuando la realidad económica y social muestra todos sus aspectos negativos, cuando las contradicciones de la sociedad burguesa desmienten de forma flagrante las promesas de bienestar que la propaganda de cualquier gobierno no deja de lanzar continuamente. El oportunismo, en situaciones de grave crisis de la economía capitalista y, por tanto, de la política gubernamental —sobre todo ante el peligro de guerra o cuando esta ha estallado efectivamente—, es llamado por la burguesía dominante a «cambiar de tono», a insistir menos en las reformas fundamentales que han dado lugar a la políti-

(sigue en pág. 16)

*Convenio del metal de Valladolid:*

## Los trabajadores del metal sólo podrán romper el círculo vicioso en el que se encuentran saliendo del redil del colaboracionismo político y sindical

El Convenio Colectivo de la Industria Siderometalúrgica de Valladolid (que afecta a más de 5000 trabajadores) está actualmente en fase de negociación para renovar las condiciones de los próximos años. La mesa negociadora quedó constituida a mediados de abril de 2026 y, desde entonces, se han producido varias reuniones sin ningún tipo de avance. Uno de los sectores industriales más importantes de la provincia permanece bloqueado por la falta de voluntad negociadora de la patronal, que pretende aprovechar esta negociación para volver a recortar derechos conquistados durante décadas de lucha sindical.

La posición empresarial vuelve a ser la misma de siempre: reducir o eliminar derechos sociales; limitar la protección económica durante las situaciones de incapacidad temporal; mantener jornadas excesivas, y contener los salarios mientras los beneficios empresariales continúan creciendo.

Recientemente, se han producido también las negociaciones de los convenios de dos de las mayores industrias del metal en Valladolid, las factorías de Renault e Iveco. Ambas empresas presentan convenio propio, por su tamaño, y en ambas hemos asistido a numerosas reuniones entre las partes (sindicatos representados en el comité de empresa y representantes de la empresa) que han conducido, tras tímidas movilizaciones,

a un convenio con escasas mejoras que para nada recoge los intereses y las demandas de sus trabajadores. Frente a esta situación, la respuesta que están dando tanto los grandes sindicatos como los diferentes partidos políticos que se llaman *obreros* consiste únicamente en aceptar la derrota o en absurdas proclamas aparentemente radicales pero impotentes.

### POSTURAS DE LOS SINDICATOS

Los sindicatos piden un 5 % de subida anual para el trienio 2026-2028. La patronal, en cambio, ofrece un 2,5 % para 2026 y un 1,5 % para 2027 y 2028. Para los representantes de los trabajadores esto no es una oferta, es una provocación.

Sindicatos como CCOO plantean subidas salariales del 5% y reducciones de jornada, entre otras mejoras. Y esto está bien, pero no se está acompañando de ningún tipo de presión o movilización. Entre sus principales propuestas se encuentra la reducción de la jornada laboral anual hasta las 1.728 horas, así como una distribución más racional del tiempo de trabajo de lunes a viernes, incorporando además el reconocimiento del tiempo de bocadillo como tiempo efectivo de trabajo y el desarrollo de medidas que garanticen el derecho a la desconexión digital. En el ámbito sala-

rial, plantean incrementos del 5% anual durante la vigencia del convenio, junto con una cláusula de garantía que permita la revisión en función del IPC real, con el objetivo de asegurar el mantenimiento del poder adquisitivo. Junto a otras reivindicaciones de menor interés, CCOO ha trasladado su «voluntad de negociación responsable», lo que, como ya sabemos, significa que no van a mover un dedo.

Por su parte, CGT Metal Valladolid (excluida de la mesa de negociación), que tampoco ha pasado de las palabras y la denuncia mediática, pide negociar desde la firmeza y no desde la resignación, y denuncia oscurantismo en el proceso negociador que ya lleva más ocho reuniones sin ningún tipo de avance. Tras varias reuniones, la plantilla únicamente conoce que la negociación continúa bloqueada y que los sindicatos presentes en la mesa anuncian posibles movilizaciones. Sin embargo, la experiencia de las últimas negociaciones invita a la preocupación. Demasiadas veces esas movilizaciones han terminado siendo un instrumento para avalar acuerdos insuficientes, en lugar de servir para obligar a la patronal a retirar sus pretensiones. La realidad demuestra que, durante los últimos años, numerosos convenios firmados por CCOO y UGT han incorporado incrementos salariales que no han compensado el aumento del coste de la vida,

## Desde Gaza

(viene de la pág. 15)

ca general de amortiguadores sociales, y a insistir más en la «negociación» con cada una de las «contrapartes» respecto a tal o cual asunto local y parcial, a hacer más hincapié en la «compasión» y el «buen corazón» de los capitalistas y los gobernantes para que concedan alguna migaja más a las masas ante una pobreza en continuo aumento. Con el fin de la Segunda Guerra Imperialista y la «victoria» sobre el nazifascismo, de la que se jactaron estadounidenses y rusos —es decir, los demócratas del otro lado del Atlántico y los «comunistas» del otro lado del Telón de Acero—, también triunfó el oportunismo, esa auténtica gangrena que lleva más de un siglo carcomiendo el cuerpo del proletariado mundial. La democracia occidental, por

un lado, y la «vía nacional al socialismo» —es decir, la vía «democrática» que no acerca, sino que aleja en décadas la lucha por el socialismo—, por otro, tuvieron el efecto buscado por la burguesía imperialista de todos los países: atontar por completo a las masas proletarias con la fábula de la «libertad» por fin recuperada tras los veinte oscuros años del fascismo y con la construcción de una especie de «muralla democrática» erigida en defensa contra un posible «retorno» del fascismo, con la posibilidad de llevar al gobierno a los partidos «de izquierda» e institucionalizar las organizaciones sindicales, reconociendo su firma en los contratos y concediendo a sus dirigentes, de vez en cuando, encuentros y debates «de alto nivel». En realidad, lo que estaba ocurriendo era la transmutación de la política del fascismo —tanto como política social dirigida al interior del Estado, como política ex-

terior orientada a la competencia con otros Estados— hacia la política «posfascista». De hecho, la democracia burguesa, ante el potente desarrollo de la economía monopolística, no podía sino dar a luz a un hijo que tuviera las características dictatoriales necesarias para sacar a las clases burguesas dominantes del callejón sin salida político y económico de la posguerra, y para contrarrestar de forma preventiva la posible reanudación de la lucha proletaria en el terreno del antagonismo de clases. La democracia clásica fue la madre que, de hecho, dio a luz al fascismo, y el fascismo concibió una hija bastarda, la democracia fascistizada que las burguesías de todo el mundo han llamado «antifascista», pero que tiene todas las características del poder dictatorial del imperialismo moderno. ¿A qué precio todo esto?

(continúa)

provocando una pérdida real de poder adquisitivo para miles de trabajadores y trabajadoras. Del mismo modo, en distintos procesos negociadores se han aceptado medidas de flexibilidad empresarial y modificaciones de condiciones laborales que difícilmente pueden calificarse como mejoras para los trabajadores.

### ¡PROLETARIOS DEL METAL, PROLETARIOS DE VALLADOLID!

En estos años pasados, hemos visto como nuestras condiciones de vida y de trabajo se van deteriorando año tras año. Y esto se produce con un gobierno «de izquierdas» y con la connivencia de las organizaciones sindicales mayoritarias.

En *El Proletario* nº32 (de 2024) analizábamos los diversos conflictos del metal en el estado español, a raíz de las movilizaciones de los trabajadores de Acerinox, con las siguientes palabras:

«Durante varios años la tensión entre obreros y patronal en el sector del metal se ha mantenido constante. En 2019, la firma del Convenio sectorial en Vizcaya trajo duras manifestaciones, enfrentamientos entre policía y trabajadores, etc. Ya en ese momento era evidente que la crisis económica que se concentraba especialmente en los sectores siderometalúrgico y metalmeccánico y que se manifestaba en forma de sobreproducción de mercancías en todas sus ramas, iba a implicar un recrudecimiento de las exigencias que la patronal lanzaría a los proletarios del sector. La situación creada por la pandemia durante 2020 y casi todo 2021 retrasó la inevitable eclosión de la tensión larvada pero finalmente, al acabar 2021, los enfrentamientos entre los trabajadores de las industrias auxiliares de Cádiz y la patronal local colocaron de nuevo la realidad de una crisis no resuelta ante los ojos de cualquiera. Poco antes había sido la larga huelga de Tubacex la que había mostrado tanto la fuerza de una clase proletaria que no estaba dispuesta a dejarse arrollar como la determinación de la patronal en no ceder ni un milímetro, consciente siempre de que cada batalla que libra es vital tanto para los empresarios involucrados como para buena parte de la burguesía.

Después de ambas huelgas, victoriosa la segunda, duramente reprimida por la policía y los sindicatos mayoritarios la primera, una cascada de huelgas tuvo lugar en diferentes provincias (Pontevedra, Cantabria, Cataluña...) en el momento en que tuvo que negociarse cada uno de los con-

venios provinciales. En todas estas ocasiones, la política de la patronal estuvo clara y se mostró sin velos: subidas salariales sí, pero por debajo de la inflación, es decir, descenso en el salario real. A la ayuda de la patronal acudieron, como siempre, las grandes organizaciones sindicales, que trataron de romper las luchas allí donde eran más fuertes (Vigo, Cantabria...) y el Gobierno nacional que, con la ministra del PCE a la cabeza, se afanó en lograr la aceptación de las exigencias patronales por parte de los trabajadores. En general puede decirse que estos cinco años de lucha en el sector del metal han supuesto una derrota en el terreno inmediato para los trabajadores. A excepción de Tubacex, en el resto de conflictos se impuso la voluntad de los empresarios y pese a la dureza de las luchas que pretendían contestarla, los proletarios no fueron capaces de articular una respuesta, sobre todo fueron incapaces de ir más allá de los límites provinciales en que se encorsetaba la lucha y dar una respuesta de clase. Pero esta victoria de la patronal no significa que, para ella, el problema esté resuelto. Desde un punto de vista económico la situación del sector del metal es sumamente delicada. La sobreproducción tanto de la materia prima metal en el punto inicial de la cadena como de sus derivadas en cualquiera de las ramas productivas del sector está lejos de solucionarse y buena parte de la guerra comercial que hoy se libra entre Estados Unidos y China tiene como trasfondo la sobrecapacidad de un sector clave en la economía nacional e internacional y que cada uno de estos países busca controlar en la medida de lo posible».

La reanudación de la lucha de clases no se ha producido. Pero sí hemos visto en estos años la lucha sectorial, parcial, de grupos, de destacamentos obreros, que han hecho frente a la patronal hasta donde pudieron: lo vimos en la huelga del metal de Cádiz o en Acerinox... pero también lo hemos visto aquí, mucho más cerca, en la lucha de los trabajadores de Frenos y Conjuntos y sobre todo en la lucha de los trabajadores de Saeta Die Casting, empresas ambas pertenecientes al metal de Valladolid también.

«El proletariado debía, y debe todavía, aprender, volver a aprender a luchar por sus propios intereses inmediatos porque ha perdido la experiencia viva, la capacidad, la memoria de cómo se lucha contra los patrones y su Estado, y ha perdido, sobre todo, la memoria de que toda lucha acaba pero que la organización de la lucha debe permanecer en pie. La confianza de parte del proletariado en organizaciones consideradas obreras

como son los sindicatos tricolores oficiales, y la delegación en partidos supuestamente obreros, pero en realidad ultraburgueses, como son los partidos oportunistas falsamente socialistas y comunistas, de la visión política y del esfuerzo político por obtener resultados útiles a la propia lucha y a la propia causa dentro de esta sociedad, han significado para el proletariado de los países industrializados, y con mayor razón para el de los países atrasados, una renuncia de hecho, una renuncia profunda de la lucha de clase en favor de la colaboración interclasista». («Sobre la crisis prolongada de la clase proletaria y las posibilidades de salir de ella»).

### ¡PROLETARIOS DEL METAL, PROLETARIOS DE VALLADOLID!

Solo saliendo del redil del colaboracionismo sindical podrán los trabajadores, los del metal y el resto, salir de este círculo vicioso:

**Contra cualquier sujeción de los intereses inmediatos de los trabajadores a los intereses y exigencias del mercado.**

**Contra toda forma de colaboración interclasista entre proletarios y patronos, entre explotados y explotadores.**

**¡Por la solidaridad de clase entre todos los proletarios!**

**¡Por el renacimiento de organismos proletarios de lucha independiente!**

**Por la defensa y las condiciones de vida, de trabajo y de lucha del proletariado fuera de todo burocratismo y corporativismo.**

Partido Comunista Internacional  
(El Proletario) – 21 de julio de 2026.

## el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

### Partido y clase

#### 3. Partido y clase y dictadura proletaria

- Fuerza y violencia y dictadura en la lucha de clase (1946-1948)
- Invariencia histórica del marxismo (Reunión de Milán del 7 de septiembre de 1952, PCInternacionalista, 1952)

## Desde el mundo del trabajo...

# Airbus: una lección.

Durante el mes de julio, los trabajadores de la factoría de Airbus en Getafe comenzaron una huelga salvaje a la que posteriormente se sumaron los de las factorías de Sevilla y de Illescas (Toledo). La prensa, que tuvo que hacerse cargo del evento por su gravedad a medida que transcurrían los días y el conflicto no cesaba, dio cuenta incluso de la posibilidad de que los paros se extendiesen a las fábricas francesas, que ya habían vivido huelgas durante los últimos años.

El origen formal del conflicto estuvo en un gesto estúpido y a priori irrelevante por parte del consejero delegado de la empresa, Guillaume Faury: en junio envió un correo electrónico a los mandos intermedios de Airbus amenazando con reducir los días de teletrabajo de que disponían los técnicos y administrativos porque, según el consejero, el trabajo a distancia sólo traía holgazanería y falta de compromiso con las exigencias de la empresa. Todo ello en un tono muy despectivo y buscando prácticamente burlarse de los trabajadores que disfrutaban de este régimen de teletrabajo.

A partir de aquí, los propios técnicos (ingenieros, responsables, etc.) agrupados en el Sindicato Independiente de Profesionales Aeronáuticos (SIPA) comenzaron a manifestar un enfado visible que se transmitió a los operarios, siempre dentro de la factoría de Getafe que es la que, en España, aglutina a la mayor parte de los trabajadores. De aquí a la huelga, espontánea y desde luego imprevista para cualquier sindicato, hubo sólo un paso. Mediante asambleas en la puerta de la fábrica y respaldadas por SIPA y CGT, los trabajadores pararon la producción organizando la mayor protesta que Airbus España ha visto en décadas. A los pocos días, en una muestra de que el malestar evidenciado con los paros de Getafe era común a todos los trabajadores de las diferentes factorías, la huelga se extendió.

Siempre según la prensa, el golpe dado a la empresa fue muy duro. El propio Faury (responsable del correo electrónico que estuvo en el origen del conflicto) tardó pocos días en aparecer en España llamando a la calma y haciéndose cargo de la situación personalmente, es decir, involucrando a la empresa en su conjunto y no únicamente a la división española en la resolución del conflicto.

Efectivamente, la situación era grave. El Banco Europeo de Inversiones (BEI) encargado de canalizar los fondos transnacionales de ayuda a la industria, había concedido recientemente a Airbus un crédito destinado a impulsar la divi-

sión militar de la empresa como parte del plan europeo de rearme y con la finalidad de desarrollar sus capacidades productivas en este terreno. Recordemos que Airbus es la gran compañía aeronáutica europea, que está participada por todas las potencias militares del continente, encabezadas por Francia, las cuales tienen en ella el único competidor razonable contra la empresa de capital norteamericano Boeing, tanto en el plano civil como en el militar. Tal y como sucede en la industria militar naval, los fondos recibidos en forma de créditos para impulsar la producción, los nuevos pedidos que están llegando gracias a los planes de desarrollo armamentístico, etc. están siempre contemplados en un marco en el que la fuerza de trabajo, los proletarios empleados en la fabricación de los destructores o de los cazas, se mantenga controlada, es decir, con salarios limitados a un crecimiento menor que el de la inflación de productos industriales y con una capacidad para exigir mejoras prácticamente anulada.

En el caso de esta huelga, cuando el conflicto fue más allá de las exigencias de los cuadros medios y se llegó a las reivindicaciones salariales de los proletarios, la combinación resultó aterradora para la empresa: una subida salarial asumida por la fuerza de la movilización obrera no sólo implica un desajuste en los cálculos de rentabilidad que hacen viables sus nuevos proyectos de inversión, sino que, además, abre la puerta a un aumento descontrolado de la conflictividad que volvería arriesgada cualquier idea de futuro en la empresa. Y aquí reside la ejemplaridad, tanto para los proletarios, que muestran su fuerza y su capacidad para enfrentarse a la empresa cuando se movilizan por objetivos de clase (es decir, comunes a todos, que tienen en el centro la defensa de sus condiciones de vida, etc.) y para la empresa, que se encuentra ante la obligación perentoria de salvar una situación que es peor por lo que puede llegar a significar que por aquello que implica de inmediato.

Finalmente, la huelga fue derrotada gracias a la acción de los sindicatos, que es siempre un recurso que hace las veces de freno de emergencia para las empresas ante situaciones como ésta. Por una parte, CC.OO., que se había mostrado contrario a cualquier tipo de paro durante los días que duró el conflicto y que llamaba continuamente a aceptar la propuesta de la empresa para finalizarlo, lanzó, de acuerdo con la dirección, un referéndum para que los trabajadores votasen si volver o no al trabajo a cambio de una serie de reivindicaciones

que eran inferiores, en todos los términos, a las que proponían los huelguistas desde un primer momento. Para organizar ese referéndum, por supuesto CC.OO. contó con toda la colaboración de la empresa, que puso sus medios para llevarlo a cabo e incluso contrató a la consultora KPMG para organizar la consulta de manera virtual y fiscalizar el resultado. Es decir, un referéndum que ni siquiera era presencial y que estaba controlado por una empresa encargada de facilitar los resultados que Airbus necesitaba. Y, pese a ello, la respuesta de los trabajadores fue negativa: la mayoría votó contra el acuerdo y, por lo tanto, contra la vuelta al trabajo sin haber logrado las exigencias planteadas. Es decir, los trabajadores votaron simultáneamente contra la empresa y contra sus lacayos sindicales.

Fue aquí donde entró la segunda parte de la maniobra sindical. SIPE, organización de los cuadros medios y convocante formal de la huelga, desconvocó ésta sin haber logrado ninguna de las reivindicaciones. Por su parte, CGT «pospuso» la convocatoria para después de las vacaciones de verano, argumentando que era mejor reunir fuerzas para llegar a una movilización más amplia. Obviamente, se trata de una maniobra dilatoria: el interés y la oportunidad de frenar un movimiento que crece, que daña a la empresa en su cuenta de resultados y en sus perspectivas de futuro y que precisamente por ello es efectivo, únicamente puede estar en hacer entrar a los trabajadores en la eterna e inútil dinámica de huelgas que dan lugar a que las empresas se preparen para ellas, siempre con un efecto meramente simbólico y encaminado a encauzar los conflictos por las vías muertas de la protesta ritual. Algo con lo que nunca, jamás, la clase trabajadora ha logrado una victoria significativa pero que refuerza el papel de organizaciones como CGT y que normaliza la relación empresario-trabajador en los parámetros de un problema de gestión, que es el que beneficia a la empresa, porque elude siempre el recurso a la lucha por medios y métodos de clase, único recurso real para los proletarios si quieren vencer.

El balance del conflicto es sencillo: ante la presión que los trabajadores eran capaces de ejercer en un momento en el que el futuro de la empresa está condicionado por la viabilidad de los créditos destinados a la división militar, se cierran las filas de empresa y sindicatos. Bloque único y unido, cada uno trabajando en su terreno, para impedir no sólo esta huelga, sino las que podrían venir a partir de ella. Ejemplo y resumen de las condiciones laborales, sociales y económicas que se impondrán a todos los trabajadores a medida que los sectores directamente implicados en la preparación bélica de la economía se hagan más y más importantes. Sobre resto no debe existir ninguna duda: la militarización

económica, política y social se impondrá contra los trabajadores por la vía de un frente único nacional que tendrá en los llamados «agentes sociales» un engranaje más de la maquinaria mediante la cual se hará cumplir al proletariado con la disciplina empresarial primero y militar después.

De hecho, no es la primera vez que vemos un caso similar. A escala sin duda mayor, pero reflejando una dinámica muy parecida, en el verano de 20254 la huelga salvaje de los trabajadores del metal de la bahía de Cádiz, que luchaban por mejoras salariales en su convenio colectivo y que pertenecían mayoritariamente a la industria auxiliar, sufrieron el ataque combinado de Estado, patronal y sindicatos. Los antecedentes, los mismos: una industria -en este caso la naval- que debe rentabilizar el incremento de pedidos manteniendo a los proletarios en condiciones imposibles, afrontó una huelga organizada fuera y contra la política de conciliación sindical habitual recurriendo tanto al sabotaje por parte de las grandes centrales como a la represión abierta e inmisericorde del Estado, que detuvo y trató de encarcelar a los proletarios más combativos imponiendo un régimen de terror policial en todo Cádiz. En aquel caso, la solidaridad proletaria, que impidió al Estado -encabezado, no se olvide, por el Gobierno de PSOE y SUMAR y con una ministra de trabajo proveniente del PCE- aniquilar como pretendía los conatos de lucha, logró mantener viva la fuerza de clase pese a la retirada que, en forma de vuelta al trabajo, tuvieron que aceptar los trabajadores.

La dinámica, como decimos, es la misma y muestra una tendencia general que se hará cada vez más consistente y que determinará el curso de la vida y de la lucha de los proletarios durante los próximos años. Pero, más allá de esto, todavía puede verse rasgos comunes significativos entre el conflicto de Airbus, el de Cádiz del año pasado y otros relativamente recientes y que se han dado mayoritariamente en el sector del metal, como el de Acerinox o cualquiera relativo a los convenios autonómicos que se han negociado en los últimos cinco años.

Volviendo la vista atrás, a los años más duros de la crisis económica de 2008-2014, cuando las condiciones de vida de los proletarios cayeron en picado a la vez que se legislaba para garantizar que ese deterioro de sus condiciones de vida se mantuviese, se puede observar que todo aquel periodo estuvo caracterizado por un tipo de movilizaciones con objetivos y fines puramente interclasistas: los proletarios, siguiendo la estela del 15-M y de la irrupción de la pequeña burguesía *indignada* que exigía no ser excluida de la mesa de las clases dominantes, fueron llevados por la senda de un tipo de conflicto en el que se ponía todas las esperanzas en un

«giro democrático» de la política nacional que revirtiese las medidas anti obreras que uno y otro gobierno impusieron. Mientras que en las empresas los EREs, el descenso de los sueldos, etc. eran el pan nuestro de cada día, un bloque político sindical formado por todas las corrientes oportunistas clásicas y por aquellas que se sumaron a la fiesta en aquel momento, clamaba por el fin de las medidas anti sociales a base de huelgas generales sin prácticamente ninguna incidencia real y manifestaciones convertidas en circos.

En el terreno de las condiciones de vida del proletariado, la lucha de clase estuvo prácticamente ausente durante todo el periodo (1) y las grandilocuentes -e inútiles- consignas en defensa del sector público (sanidad, educación, etc.) fueron en buena medida el muro de contención levantado para que los sectores proletarios más golpeados por la crisis se vinculasen a una perspectiva de lucha en la cual la pequeña burguesía tenía en control absoluto.

El resultado es evidente a día de hoy: la crisis sí cayó sobre las espaldas del proletariado. Si se pagó con un aumento exponencial de la explotación, con paro, con colas en los comedores sociales, salarios que a día de hoy siguen, en muchos sectores, por debajo del nivel exigido para la reproducción de la mano de obra, etc. Sólo la persistente tendencia deflacionaria del periodo mitigó ligeramente la caída en picado de las condiciones de vida de la parte de la clase trabajadora que logró mantener su empleo, mientras que las ilusiones democráticas puestas en juego como fuerza antiobrera de último recurso cumplieron perfectamente su objetivo de mantener a los trabajadores dentro de los límites del respeto a la economía nacional.

Desde 2019 la situación parece estar cambiando. Primero con las huelgas por los convenios del metal en Vizcaya y Guipúzcoa y desde ese momento por la cascada de conflictos que han puesto como punto central de sus tablas reivindicativas la cuestión del salario, la perspectiva general parece estar virando. Es en este sentido que puede interpretarse como distintivos tiempos de un mismo movimiento lo sucedido en Cádiz, en Airbus... pero también en Ciudad Real en 2025 en Cantabria en 2022, etc. Al cabo de décadas marcadas por esa «gran moderación» salarial impuesta por la burguesía y defendida por el oportunismo político y sindical que se ha hecho especialmente sangrante a causa de la tensión inflacionaria de los últimos años, la cuestión de la supervivencia de la clase proletaria, que es esencialmente un problema salarial y que, desde luego, únicamente puede solucionarse favorablemente para los trabajadores con mejoras en este terreno, parece ponerse de nuevo en el centro, dando lugar incluso a un modelo de conflicto que se repite: en un primer momento

los sindicatos convocan sus típicas movilizaciones rituales para justificar la firma de un nuevo convenio colectivo, durante estas convocatorias por parte de la base obrera se plantea -por lo general en asambleas extra sindicales- unas exigencias salariales mayores que aquellas que empresa y sindicatos están dispuestos a aceptar (y, por lo general, tienen pactadas de antemano), se recrudecen las movilizaciones que amenazan con romper la contención habitual y, finalmente, las organizaciones sindicales pactan con la empresa en los términos previstos dedicando buena parte de sus esfuerzos para hacer entender a los trabajadores que la pérdida de poder adquisitivo que sufrirán es la «menos mala» posible.

No hay que sobrevalorar la importancia de esta evolución, pero tampoco hay que despreciarla como si fuese una mera anécdota sin más recorrido posible. Básicamente estamos ante una muestra de los reflejos básicos por cuyo impulso se desarrollan las clases sociales y, por lo tanto, la vida de la sociedad capitalista. Ante una situación en la que el salario, entendido como el nivel salarial medio nacional, ya no resulta suficiente para vivir, los sectores proletarios que disponen, por historia, organización, etc. de unas condiciones más propicias para la lucha, tienden a ella. De manera natural, esta tendencia se ha concentrado, por los motivos explicados, en el sector del metal, mientras que la gran masa de proletarios empleada en el sector servicios (incluso aquella que está más vinculada a la industria) aún permanece completamente inmóvil en su mayor parte.

Pero mientras que en el periodo 2008-2019 el bloque anti proletario que tenía su vanguardia en las grandes corrientes oportunistas políticas (no se olvide que fue el momento en que nacieron PODEMOS, las candidaturas municipalistas, etc.) y sindicales parecía tener todo bajo control, toda vez que daba la impresión de que la ausencia de un verdadero estallido social remaba a favor de la corriente, las condiciones económicas y sociales que vivimos hoy en día pueden implicar una situación diferente. Se vio en Cádiz con las tanquetas de 2021 y las detenciones de 2025, en Linare con la policía disparando fuego real o en Airbus este verano con la vergonzosa cesión sindical.

Las consecuencias de la gran crisis capitalista de 2008-2014 se comienzan a experimentar de manera plena ahora. Una generación de proletarios lanzada a una vida sin futuro, con unas condiciones de existencia infinitamente peores que las que hubo que soportar en las décadas anteriores. Un proletariado multinacional que aparece fruto de la necesidad burguesa de cubrir el vacío que su política salarial ha dejado en el crecimiento

(sigue en pág. 20)

## Airbus: una lección

(viene de la pág. 19)

to de la población. Y, como perspectiva ya no remota, la movilización bélica, el aumento del militarismo, las tendencias ultra nacionalistas y abiertamente anti proletarias como fuerza de choque inmediata al servicio de la clase burguesa.

Todos los factores que pueden acelerar el desarrollo de la lucha de clase están presentes. Ciertamente, no constituyen una garantía de nada y el curso de las últimas décadas muestra que los elementos retardantes de esa lucha tienen una fuerza inmensa. La realidad es que el determinismo histórico en el cual haya los marxistas, la capacidad para prever sin riesgo de error el futuro comunista de la humanidad, no garantiza ni una línea recta como gorma de la evolución social ni una repetición de fases históricas ya superadas y que seguramente no podemos esperar volver a ver.

Nosotros, comunistas que seguimos a Marx, a Engels y a Lenin en la fidelidad a una doctrina que es inmutable e inalterable, concebimos el trabajo de preparación revolucionaria únicamente como una labor de partido y dedicamos nuestros esfuerzos a insertarnos en toda grieta que se abre en la sociedad burguesa, no porque en ella veamos siempre el derrumbe inmediato de aquella, sino porque luchamos para preparar a partir de los conflictos del presente, por limitados que parezcan, las grandes luchas de clase del futuro.

(1) Obviamente no queremos decir que a lo largo de aquellos años no apareciesen conflictos propiamente de clase o en los que el proletariado avanzase reivindicaciones propias. Casos como las huelgas mineras, las de limpieza y recogida de basuras en Madrid, etc. son ejemplos -no del mismo nivel ni con el mismo valor- de una tendencia a la lucha que permaneció sin embargo limitada por esa capacidad de las fuerzas oportunistas para hacer de la reivindicación democrática la clave de todo conflicto.

**¡Lean, difundan,  
sostengan la prensa  
internacional del partido!**

**¡Suscríbíos!**

**- El programa comunista -**

Revista teórica

Precio del ejemplar: 3 €; £ 2; 8FS;  
América Latina:US\$ 1,5; USA-CdnUS\$ 3

**- El proletario -**

Precio: Europa: 1,5 €; 3CHF; 1,5£;  
América del Norte: US \$ 2; América  
Latina: US \$ 1'5

## Un compañero y amigo nos ha dejado

Con gran tristeza, nos hemos enterado de que nuestro compañero Jean-Pierre Dessus, alias Roger, falleció el martes 14 de julio de 2026. Enfermo desde hacía varios años, su debilidad física se había vuelto especialmente limitante y una caída que sufrió en su domicilio le resultó fatal.

Es una gran pérdida para el comunismo y para nuestro partido, a los que dedicó toda su energía y su fuerza política desde principios de los años 70. Y también es una gran pérdida humana. Roger era un militante de gran sencillez y su discreción, su modestia, su desapego material, su sutil sentido del humor, su calma permanente y sus profundas convicciones lo convertían además en amigo de todos.

Hasta el último día, Roger siguió en activo, trabajando incansablemente para defender la teoría marxista, el programa comunista y la formación del partido comunista internacional, indispensable para llevar a cabo la revolución proletaria. Su constancia en el trabajo político, ya fuera teórico u organizativo, fue ejemplar. Ante la crisis explosiva del partido en 1982-83, que provocó la mayor desorientación entre los compañeros de entonces, él supo, con gran solidez política, crear las condiciones para la continuidad del partido, defendiendo y contribuyendo al trabajo de balance político del partido en todas las cuestiones en las que este se había descarrilado; mientras que muchos otros, tarde o temprano, se perdían definitivamente en el activismo, el movimentismo, el expedientismo o, por el contrario, en el *attendismo* académico y en su negación de la crisis. Fue uno de los principales artífices de la reconstrucción del partido tal y como es hoy, es decir, rearmado con ese vital balance político.

Junto con algunos otros compañeros, logró mantener ininterrumpida la publicación de nuestro órgano «Le Prolétaire» y hacer reaparecer en 1987 la revista «Programme Communiste». También desempeñó un papel vital en la reconstrucción de nuestra prensa internacional. En 2002, el partido pudo lanzar un nuevo periódico en inglés, «Proletarian», y, posteriormente, en 2022, hacer posible la publicación de la revista «CommunistProgram». La revista en español «El Programa Comunista» reapareció en 1990, tras ocho años de ausencia. Desde 2002 se publica también en español el «Suplemento de El Programa Comunista», que más tarde pasaría a llamarse «Suplemento para Venezuela», mientras que, entre 2010 y 2012, algunos números dedicados especialmente a España se convirtieron en «El Proletario», el periódico que sigue publicándose en la actualidad. Esta formidable labor de difusión escrita de nuestras posiciones en diferentes idiomas ha ido acompañada de su acción permanente para reconstituir o estructurar una red de contactos, simpatizantes y militantes en distintos países.

Roger ha sido un ejemplo de militante comunista y así permanecerá en nuestra memoria.

\* \* \*

La pérdida de un compañero tan importante para nosotros no supone que el partido se pare, sino que lleva a un nuevo impulso en la continuidad de su desarrollo. En cualquier caso, esta situación tiene algunas consecuencias prácticas inmediatas que pedimos a todos nuestros contactos que tengan en cuenta. La dirección para la correspondencia con el partido relativa a Francia/Suiza (15, Cours du Palais, 07000 Privas) ha dejado de ser válida. A la espera de una nueva dirección, rogamos a todos nuestros contactos que sigan utilizando nuestra dirección de correo electrónico habitual o la de la página web: **leproletaire@pcint.org**. En cuanto al pago de las cuotas de afiliación o suscripción, daremos nuevas instrucciones próximamente.

### Correspondencia :

**Para España:** Apdo. Correos  
27023, 28080 Madrid.

**Para Italia :** Ed. Int., Vía Comasina 81, 20161 Milano.

**Para Francia et Suiza :** Escribir  
a: leproletaire@pcint.org

### Puntos de contacto

**Madrid:** para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

**Valladolid:** Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pinguino, nº 13, barrio de Pajarillos, Valladolid).